

travesías

Jayanti Devi Gurung
Joyce Brito
Laura Curtelin
Miryam Gómez
Nursel Akturk
Mabel Martinengo
El Kebira Salah
Clelia Modica
Eva Verde Ojeda
Nadia Obadalová
Suze Cunha
Madelon Francisca Dijkstra
Julie Stamour
Emelie Nystrom
Nancy Li
Fabiola Vega Rodríguez
Ilona Mucha
Teresa Andrino



programa de integración
para personas inmigrantes



Director del Taller “travesías”
Francisco Ramírez Viu.

De los textos:

*Jayanti Devi Gurung, Joyce Brito, Laura Curtelin,
Miryam Gómez, Nursel Akturk, Mabel Martinengo, El
Kebira Salah, Clelia Modica, Eva Verde Ojeda, Nadia
Obadalová, Suze Cunha, Madelon Francisca Dijkstra,
Julie Stamour, Emelie Nystrom, Nancy Li, Fabiola Vega
Rodríguez, Ilona Mucha, Teresa Andrino.*

Ilustración, diseño y maquetación:
Luis Fdo. Artilés Arbelo

De la edición:
Ayuntamiento de la Villa de San Bartolomé de Tirajana.

Noviembre de 2013.
Imprime: Gráficas Sabater.
Depósito legal: GC 1566-2013



travesías

Jayanti Devi Gurung
Joyce Brito
Laura Curtelin
Miryam Gómez
Nursel Akturk
Mabel Martinengo
El Kebira Salah
Clelia Modica
Eva Verde Ojeda
Nadia Obadalová
Suze Cunha
Madelon Francisca Dijkstra
Julie Stamour
Emelie Nystrom
Nancy Li
Fabiola Vega Rodríguez
Ilona Mucha
Teresa Andriano



Saluda

San Bartolomé de Tirajana se ha convertido, con el devenir de los años, en lugar de residencia de más de ciento catorce nacionalidades procedentes de los cinco continentes, que han elegido esta tierra en el Atlántico para vivir. Mujeres y hombres que un día decidieron, por motivos diversos, emigrar de sus países de origen con la esperanza de una vida mejor, a pesar del dolor de tener que dejar atrás el paisaje humano y geográfico de su infancia, adolescencia, juventud...

El municipio cuenta con una población de 59.133 habitantes compartiendo un mismo espacio, haciendo uso de los mismos recursos públicos, compartiendo las mismas calles, los mismos parques; respirando el mismo aire, tomando el mismo sol. Aprender a convivir es primordial. Desearnos los buenos días, las buenas tardes, las buenas noches; no importa en qué cultura, lo importante es deseárselo cuando nos encontramos en nuestra vida cotidiana. Que los principios de libertad e igualdad impregnen el día a día, respetando, mutuamente, las costumbres que nos hacen diferentes y, a un mismo tiempo, iguales.

Desde mi responsabilidad política de Alcalde-Presidente del municipio, he contribuido a la puesta en práctica de iniciativas dirigidas a construir el tejido social acorde a la interculturalidad ciudadana que lo habita; espejo en el que podamos mirar y vernos, en lo individual y colectivo, obteniendo, así, no solo la permanencia de las costumbres y tradiciones, sino también aportaciones nuevas en el ámbito musical, culinario, etc, como resultado de nuestra coexistencia: mixtura de sabores, colores, sonidos, texturas...

“travesías”, el libro de relatos que ahora estás leyendo, es fruto del programa “convive 2013”, subvencionado por el Ministerio de Empleo y Seguridad Social (Dirección General de Migraciones) y por el Fondo Europeo para la Integración, y desarrollado por la Concejalía de Políticas de Igualdad y Mujer. En el momento de elaboración del proyecto valoramos la conveniencia de crear un referente artístico, permanente en el tiempo, como elemento cohesionador y de reconocimiento a las personas que hoy construyen el presente de la Villa de San Bartolomé de Tirajana, a las personas que lo construyeron ayer y a las que lo construirán mañana. Optamos por el arte literario, por el arte de la palabra escrita, porque teníamos la certeza de que la escritura sería el medio más idóneo y eficaz para expresar, con el alma (lenguaje universal), la alegría, el dolor, el esfuerzo, los sueños que todo viaje, de cambio, conlleva.

En este apartado del libro, doy las gracias: a las autoras de los textos; al escritor Francisco Ramírez Viu; y al diseñador e ilustrador Luis Fernando Artilles Arbelo, por haber aceptado el reto de este viaje con destino a esta emotiva obra de arte llamada “travesías”.

También quiero agradecer al Ministerio de Empleo y Seguridad Social (Dirección General de Migraciones) y al Fondo Europeo para la Integración, la subvención concedida, sin ella este libro no hubiese sido posible.

Marco Aurelio Pérez Sánchez
Alcalde de San Bartolomé de Tirajana

Prólogo

Cuando recibí la invitación a dirigir este taller estuve varios días dándole vueltas al formato que más le convenía. Desde luego no podía ser un taller de creación literaria al uso, ya que éste exige obligatoriamente un manejo suficiente del español escrito (y yo estaba advertido de que algunas de las mujeres que iban a asistir apenas hablaban nuestra lengua). Se trataba, más bien, de usar algunas herramientas literarias que ayudasen a dichas personas a contar hondamente su experiencia y así poder convertirla en literatura. Comprendí que mi tarea debía consistir en manejar esas herramientas y ofrecer una escucha abierta y atenta a cada una de las participantes. Ese sería el planteamiento básico.

Por supuesto, detrás de cualquier proyecto de estas características siempre hay -además de una metodología o de una técnica- una filosofía. Esta quería que fuese poética, abierta; que trascendiera lo meramente social y mostrara a la persona que late, que ama; que siente la dificultad y el sufrimiento, pero también la esperanza y la belleza. Quería evitar la mirada convencional sobre la mujer inmigrante -migrante en este caso-, tan lastrada de prejuicios (fruto

muchas veces del puro desconocimiento; del mío, sin ir más lejos). Pensé que cada una de ellas tenía algo especial que contar, algo distinto y único; y que solo había que encontrar el modo de sacarlo a la luz.

Por eso fui al encuentro del árbol, como hago siempre que puedo. Quise buscar un lugar agradable en una plaza arbolada donde cada una se encontrase más cómoda y libre; y antes de empezar a trabajar las invité a mirar y a sentir. Esa es la pauta que aplico en todos los talleres que realizo desde hace algunos años, según una metodología que he llamado *ciudadArte* y que está inspirada en algunos puntos del pensamiento de María Zambrano (allí he aprendido que el encuentro con la naturaleza aligera lo mental y lo vuelve más puro, más volátil; hace más fácil el diálogo con los demás y con uno mismo). Desde esa contemplación traté de asociar su mirada con distintos temas: infancia, anhelos, recuerdos, impresiones del presente....

Deseaba que en cada texto hubiese unos párrafos dedicados a la infancia, para encauzar mejor la lectura y hacer más visible la vida que se narraba. También me interesaba conocer el proyecto vital de cada una de esas personas: a qué aspiran, qué buscan, qué desean realizar; pero no como un sueño, sino como un proyecto real. Les propuse pensar, honradamente, hasta dónde podían llegar, con los pies en la tierra y los ojos en el cielo (con equilibrio, si se me permite usar esta expresión). Para ello creí interesante hablar sobre su entorno: cómo ven la sociedad en la que viven ahora, teniendo en cuenta la realidad socioeconómica en la que están envueltas; que reflexionasen -respetando siempre la voz propia de cada una- sobre su día a día, así como también sobre las cosas bellas que han hecho.

Por último escribimos sobre detalles de su antigua vida, sobre las diferencias culturales con sus países de origen, etc.; algo que sirviera de contrapunto, que diese tensión narrativa a cada texto, aunque sin prestar excesiva atención a esta dicotomía. Escucharlo de ellas, de su propia voz, me enriquecía a mí: ver cómo habían reconstruido su identidad cultural, cómo habían conseguido desprenderse de lo viejo... O cómo aún estaban intentándolo. Percibí con claridad que, a pesar de ciertas semejanzas, ningún camino era igual a otro; y que no todas lo recorrían en las mismas condiciones. Me enriquecía, como digo, contemplar la epopeya de cada viaje; un viaje que también -de una forma o de otra- hacemos todos en nuestra propia vida.

En definitiva, el objetivo del taller se centró fundamentalmente en dar el protagonismo a estas mujeres, respetando sus modos de decir... Sin prisa, ayudadas del entorno, de los árboles, de la contemplación pausada; y al mismo tiempo buscando la síntesis y la concreción, sin divagar en demasía. Guardar este equilibrio también resultó fundamental. Tanto ellas como yo nos sentimos a gusto tratando de describir sentimientos, recuerdos y pensamientos. Solo necesité escucharlas con atención y respeto para guiar así mejor nuestras conversaciones y mostrar después su fruto en estas páginas. Y ahora, mientras termino las últimas correcciones antes de entregarlo a imprenta, pienso que todas las historias que se narran en el libro transmiten verdad y emoción. Cada una de ellas es una travesía que invita a una lectura con los sentidos despiertos.

Francisco Ramírez Viu
Director del Taller “travesías”





I

Mi nombre es Jayanti y soy de Nepal. Vivo en España desde hace dos años. Nací el mismo día que Buda (Buda Jayanti), es por eso que me llamo Jayanti. El lugar donde nací está situado en medio de montañas y colinas, en un pequeño pueblo llamado Dandathok (Lamjung), donde vive la etnia Gurung; un pueblo de apenas cincuenta casas, en frente de las nevadas montañas del Himalaya. Su belleza natural se la dan los bosques verdes, los pequeños ríos y cascadas, las terrazas de arroz y los cultivos de temporada. Sus gentes son muy amorosas, solidarias y serviciales. El lugar donde pasé mi infancia está siempre presente en mi corazón, donde tantas especies de pájaros cantan en los árboles de los bosques. Los lugareños plantan arroz y otros cultivos de temporada durante el monzón, y pastorean a sus animales. De niña solía ir a los campos. En primavera, con mis tíos y amigos, recogíamos frambuesas (aiselu es su nombre nepalí). Para mí era muy difícil recolectarlas porque era bajita y los arbustos eran más altos que yo y tenían muchas espinas. También recogíamos kafal (el fruto del saúco). Tampoco puedo olvidar el festival de las luces y las flores, cuando recogíamos las flores de caléndula y con ellas hacíamos coronas para colgar en las puertas y en las ventanas. Guardo en mi mente y en mi corazón el olor de las flores, de los cultivos; el sonido de los

animales, los gallos y los pájaros cantando; la corriente del río y sus gentes. Me encanta poder escribirlo ahora pues me trae su recuerdo de vuelta.

Mi familia, como la mayoría de los vecinos del pueblo, es una familia de granjeros. Crecí en una gran familia, compuesta por dieciséis adultos y seis niños, incluyéndome a mí. Mi madre tenía que trabajar muy duro para que pudiéramos sobrevivir. Cuando iba a trabajar al campo solía llevarme a casa de sus padres, que vivían muy cerca de nosotros, para que me cuidaran. En aquella época yo era demasiado pequeña para poder entender las dificultades de mi madre. Pero ahora nos cuenta -a mis hermanas y a mí- que algunos días tenía que trabajar la jornada completa, sin comer nada. Al volver a casa debía cocinar para toda la familia, y si sobraba algo en la olla entonces comía ella. Mi padre era un soldado indio, venía en vacaciones por un corto periodo de tiempo. Cuando me hice un poco más mayor mi padre nos llevo a mi hermana, a mi madre y a mí a India, para que pudiéramos estudiar, pues no había colegios en mi pueblo. Recuerdo que únicamente existía un colegio en un pueblo vecino, al que se tardaba dos horas en llegar caminando, cruzando ríos y bosques. Me siento muy agradecida por que nos dieran una educación, ya que ellos no recibieron ninguna. Al principio me resultó muy complicado, pues no entendía el idioma. Ellos hablaban hindi, y yo ni siquiera hablaba nepalí pues solía hablar con mi madre en la lengua de la etnia Gurung. Una vez que aprendí el idioma fui una estudiante aplicada, con buenas notas y muy disciplinada. Todos en la clase, también mis profesores y familiares, me querían mucho porque era buena y trabajaba duramente. Guardo un recuerdo memorable de aquella época.

Un día, cuando iba a la ciudad con mi padre, vi un osito de peluche precioso en una tienda; y le pregunté si podíamos comprarlo. Costaba noventa rupias, lo que suponía una décima parte de su salario (que en la actualidad, convertido, equivaldría a unos diez euros). Él no podía concederme ese capricho, pues tenía otras muchas cosas que pagar con su salario. Trató de convencerme para que nos fuésemos, pero yo me paré en medio de la calle y cogí una pataleta. Al día siguiente, cuando mi madre me estaba poniendo el uniforme para ir al colegio, volví a llorar como una loca por aquel osito; y les dije que no iría al colegio si no me lo compraban. Mi madre y mi padre trataron nuevamente de convencerme pero yo les ignoraba, así que mi padre me pegó con un palo de madera hasta que me dejó el cuerpo lleno de marcas azules y los labios hinchados (entonces no había una ley que le prohibiera hacerlo). Sin embargo, al final mi padre se sacrificó y me compró el osito aquella misma noche. Para mí fue a la misma vez un momento de alegría y de tristeza.

El año en aquel colegio pasó y ya para entonces éramos cuatro hermanas. Volvimos a nuestro pueblo y al colegio del distrito de Lamjung. Después fuimos cinco hermanas -yo soy la mayor-, pero mis padres seguían soñando con un hijo varón, pues en mi sociedad se da prioridad a los varones. Hasta que un día Dios escuchó sus deseos y nos bendijo con un niño. Este fue un momento fantástico y precioso para nuestra familia, pues en muchas ocasiones, cuando las familias sólo tienen hijas, los maridos se casan con otras mujeres para engendrar varones. Por otra parte, todo esto me hizo sentir triste ya que fui consciente de la poca importancia que se les da a las mujeres, cuando son ellas las que hacen sonreír

a la sociedad. Esta parte de mi vida fue muy dura, ya que mi padre tenía que trabajar mucho para mantener a la familia y mi madre solía estar enferma. Cuando terminé el instituto pude ayudar económicamente a mi familia, porque comencé a trabajar en un colegio privado como profesora de infantil. Desafortunadamente, la suerte no estuvo de mi lado mucho tiempo, y el colegio cerró a causa de la guerra civil de Nepal. Comencé mis estudios en la Universidad, pero también tuve que dejarlos para que mis hermanos pudieran estudiar. Así que me quedé ayudando en casa y seguí trabajando.

En nuestra sociedad cuando una chica cumple dieciocho años debe casarse para no ser discriminada. Esta fue una época muy bonita para mí, pues me casé con mi amor del instituto. Entonces mi marido se vino a España en busca de un futuro mejor. Estuvo cinco años viviendo ilegalmente hasta que consiguió la residencia temporal, y con ella volvió a Nepal para arreglar los papeles y llevarme con él. Me desplazé hasta Nueva Delhi para obtener el visado y tras unas semanas llegó el momento de abandonar mi pueblo y marcharme a España. Para mí fue muy duro dejar a mi familia y amigos, pues además me iba a un país extranjero a empezar una nueva vida. No tuve más remedio que dejar mi país, puesto que no tenía trabajo ni seguridad debido a unas condiciones políticas que hacen de Nepal un mal lugar. Adoro mi pueblo; su belleza natural, su religión y su cultura. Si sus condiciones políticas fuesen mejores y las personas se sintieran más seguras podríamos hacer cosas positivas en el país. De cualquier manera, esto es a lo que llaman vida: haces lo que te toca hacer.

Cuando me fui no mostré mis emociones y nunca lloré delante de mi gente. Pero una vez que el avión despegó sentí

que dejaba todo atrás... Mi familia, mis amigos... Entonces las lágrimas empezaron a caerme por la cara; y lloré sola, sentada al lado de la ventana, viendo como dejaba mi tierra atrás. Ese día comenzó mi nueva vida: nuevas gentes, nuevo país, nueva cultura y nuevos valores. Ahora deseo saber cómo son los europeos; por qué son más exitosos que nosotros; cómo tratan a las personas como yo, si los inmigrantes significamos algo para ellos; cuán diferentes somos nosotros. Hay tantas preguntas vagando por mi mente...

Para ser sincera, como cualquier otro nepalí vengo para ganar dinero, para tener una estabilidad y un buen trabajo: una vida segura. Quiero ayudar a mi familia, a mis hermanos en su educación; y a mi padre, que sigue trabajando. Cuando llegué a Gran Canaria me pareció un lugar alegre y pude oler el éxito, pensando que quizás yo también lo tendría. Eso es lo que me enseñó Dios, a cómo caminar para encontrar el éxito. Si comparo esta isla con mi pueblo veo muchas diferencias geográficas, no hay bosques verdes ni ríos, y el clima siempre es cálido aquí. La gente es amistosa, amable y cooperativa, aunque no todos. Las ciudades están limpias y todo funciona bajo unas normas que la gente cumple. Las mujeres tienen sus derechos, más libertad y mayor seguridad que en mi país.

Al principio me resultó muy difícil entender el idioma, pero debía aprenderlo porque necesito ver el mundo desde mis propios ojos y saber más cosas sobre ellos. Sin embargo, todas las cosas que inicialmente esperaba de mi viaje cambiaron de repente: la situación empeoró en el país y todavía no he encontrado trabajo. Antes trabajaba en una tienda de “souvenirs” durante doce horas al día, aunque me tenían contratada sólo por cuatro. Esto me hizo enfermar y empecé a tener dolores en los hombros. Después de aguantar

durante siete meses lo dejé porque no podía más. He intentado conseguir un trabajo de menos horas pero es difícil, así que a veces me siento deprimida. A veces discuto con mi marido por los problemas económicos que esto supone y por no poder ayudar a nuestras familias.

Para no perder mi tiempo estoy asistiendo a clases de español. El resto del tiempo lo ocupo cocinando para mi marido y limpiando la casa, a veces también hablo con mis vecinos. Como soy una persona que adora la naturaleza suelo ir a pasear por la playa donde millones de pensamientos se cruzan en mi cabeza. El apartamento donde vivimos sólo tiene una habitación, un salón, una cocina muy pequeña y también un pequeño balcón. Vivo aquí a disgusto porque todo es muy viejo, el sofá, el colchón está muy sucio... Además, cuando le pido al dueño de la casa que lo cambie nunca me escucha. Si hay algo roto tengo que cambiarlo yo, pero no puedo pagar más por una casa. También tengo algunos amigos nepalíes con los que paso algún rato agradable y nos reímos.

Todas las personas tienen sueños. Yo tengo el sueño de tener éxito en mis proyectos. Sueño con un futuro mejor, donde pueda ganar dinero para ayudar a mi familia y que mis hermanos tengan una educación. Con parte de ese dinero le pagaría un tratamiento a mi madre para sus rodillas. No quiero ser millonaria pero necesito suficiente dinero para solventar mi futuro. Me gustaría vivir en una casa pequeña con un jardín lleno de diferentes tipos de flores. Me gustaría tener una pequeña familia feliz con niños, y una mascota. En el salón habrá un sofá con flores y una gran televisión, y tres dormitorios. La casa dispondrá de todas las cosas necesarias para vivir día a día. Probablemente también pondré una estatua antigua de Buda en una esquina del salón. Tendré

muchos vestidos en el armario y suficiente comida. Recuerdo que sólo teníamos dos vestidos nuevos al año durante nuestro festival pues éramos una familia muy grande. Cuando íbamos al colegio no nos alcanzaba el dinero para comprar nuestros almuerzos en el comedor, sino que nos llevábamos de casa lo que cocinaba mamá, y nuestros amigos se burlaban de nosotros por ello.

Nunca me canso de enfrentarme a las pruebas cara a cara y lo seguiré haciendo en los días venideros. Espero que mi futuro brille tanto como el sol y espero poder ayudar a la gente. Me gustaría ser una trabajadora social de éxito. Le estoy muy agradecida a Dios por lo que ahora soy y por lo que seré en el futuro. También espero que en el futuro España y su gobierno ayuden a los inmigrantes que buscan un futuro mejor, dándoles facilidades y seguridad. Pienso que todos deberíamos hacer las cosas bien, ser buenos y pensar en positivo. Soy feliz y estoy satisfecha con lo que tengo, con lo que he luchado para ser lo que soy ahora y lo que seré mañana; dispuesta a enfrentarme con la próxima prueba, porque esto es la vida.

Encontré estas líneas en algún lugar: “La vida es como el colegio, nunca sabes en qué clase te va a tocar ni cuál será el próximo examen que hagas, pero no puedes copiarte porque nadie más tiene las mismas preguntas que tú en la hoja”.

Jayanti Devi Gurung



© 2013

II

Este entorno, este jardín, me hacen recordar mis tiempos de niña, cuando paseaba con mi abuelo por su finca; allí había caballos, árboles frutales y muchas verduras. Mi abuelo me cogía y me aupaba en su caballo preferido, Lúa (Luna); yo apenas tenía cinco años y sentía mucho miedo montada en el caballo; y le decía “abuelo, me voy a caer, me voy a caer”; y escuchaba como él me decía “no te vas a caer”. Yo tenía el sueño de aprender a montar, y me encantaba cuando él me aseguraba “vas a aprender a andar en el caballo; cuando crezcas yo te lo regalaré”. Y crecí pensando que algún día el caballo de mi abuelo sería mío. Cuando volvíamos a casa y mi abuela me preguntaba qué tal el paseo, yo le decía: “he tenido mucho miedo cuando el abuelo me montó en el caballo, porque pensé que me iba a caer”. Recuerdo que cuando llovía la tierra se hacía barro, te hundías al caminar y te ensuciabas. Nos refugiábamos en una casita que había en la finca y nos quedábamos mirando cómo caía la lluvia. Qué bello... Mirábamos llover sobre los árboles y las verduras. Y también sobre las cañas de azúcar que mi abuelo tenía plantadas. Con ellas se preparaba el aguardiente, que se usaba a su vez para hacer la caipirinha. Y mi abuelo me decía a veces: “las gambás (mofetas) han venido esta noche a beber” (por lo visto se acercaban a beber nuestro

aguardiente). ¡Seguro que se fueron riendo...!”.

Los años pasaron, yo crecí y mis padres se mudaron a Recife, la capital del Estado de Pernambuco. Aquella fue una vida completamente nueva: cambiamos de casa, de ciudad, de amigos y de escuela. En mi nuevo entorno todo me parecía aburrido y la escuela era una responsabilidad; tenía que ir todos los días porque mis padres no perdonaban las faltas. Cuando cumplí dieciocho ya no quería vivir en la casa de mis padres, así que me fui a Sao Paulo, a vivir con una tía, hermana de mi madre. Allí encontré mi primer trabajo y empecé a soñar con todas las cosas que quería hacer. Deseaba ser modelo, pero las condiciones financieras no me lo permitían; con mi sueldo apenas me alcanzaba para comprar algo de ropa y zapatos. Muchas veces tenía que pedir dinero a mi tía para hacer algún viaje, o para ver al Santos FC jugar. En esa época me encantaba el fútbol. Una amiga que trabajaba en tiendas de ropa me invitó a conocer Belo Horizonte, y fui con ella a un desfile de moda. Empecé a cogerle gusto a aquel entorno y me introduje en el mundo de la moda. Empecé a hacer lo mismo que ella: vender y comprar ropa. Pero con el tiempo decidí hacer algo más y comencé a viajar entre Brasil y Paraguay, comprando allí artículos que luego vendía aquí. Cuando reuní algo de dinero monté una peluquería con un chico que hacía los pelos, los cortes, los peinados... Yo me dedicaba a la parte de estética. Fueron unos años buenos, en los que crecí profesionalmente y como persona.

Entonces me enamoré. Era un hombre que había venido a Brasil de vacaciones, y cuando regresó a España me insistía para que fuera para allá. Pero yo no podía, aquí tenía mi negocio con el que estaba muy contenta. Así que se

vino él, y vivimos juntos durante dos años en Brasil. Casi a diario me insistía en que deberíamos irnos a España; que ya necesitaba volver a cuidar de sus negocios (tenía un pub y una discoteca en Orense, Galicia). Por fin decidí vender todas mis cosas, inclusive mi peluquería y mi casa, y nos vinimos aquí, a España. Trabajamos juntos, primero en Orense y después en Canarias (en Playa del Inglés), y tuvimos una hija. Pero nos separamos cuando mi hija apenas tenía cinco años. Ella ha estado viviendo conmigo hasta cumplir los quince años, pero hace un año que decidió irse a vivir con su padre. El volvió a casarse y a divorciarse. Y hace solamente una semana se fue a Suecia, a vivir y a trabajar; y junto con él se llevó a mi hija.

Para mí ha sido muy doloroso que mi hija se fuera con él a otro país. Pero debo aceptarlo porque es voluntad suya, y su padre tiene -además- su custodia. Hace una semana que no sé nada de ellos... aunque una amiga de mi hija ha venido a casa a decirme que ella le ha escrito un mensaje al móvil, dirigido a mí. Dice que llamará en cuanto pueda. Yo también lo he intentado pero no he podido hablar con ella. Siento mucho su falta, pues mi hija es todo lo que tengo en esta vida. Pienso que pronto viajaré a Suecia para verla. Ahora estoy en una fase difícil de mi vida: sin mi hija, sin trabajo y compartiendo mi casa con personas que apenas conozco. Estoy viviendo con una chica, una paisana, y con un chico al que le he alquilado una habitación. Sin embargo, en tres días iré a Barcelona con mi futuro marido, en cuanto me case mañana. Él es de allí. Allí tiene su casa y trabaja desde hace veinticinco años en la misma empresa. Me iré a vivir con él, ya que no tengo en este momento un trabajo. Pero de vez en cuando volveré a Canarias para visitar a todos los amigos que he hecho aquí. También tengo una casita en Orense, y

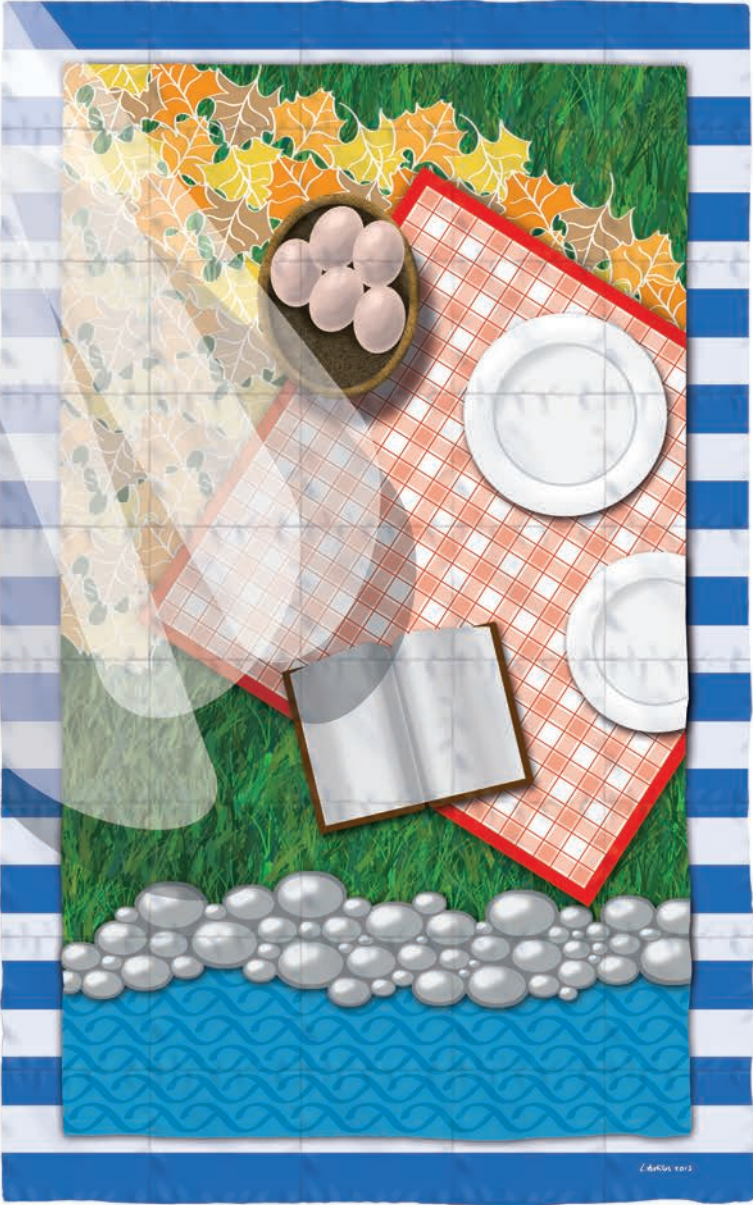
de vez en cuando también pienso acudir allí para descansar y reencontrarme con los amigos que dejé allí; especialmente con María, la señora que me ayudó a criar a mi hija cuando era aún un bebé. También quiero ver a mi mejor amiga, Milagros, una señora de Valladolid casada con un señor de Orense. La echo mucho de menos ahora mismo.

Esta mañana a primera hora estuve en la Casa Condal, arreglando los últimos preparativos de la boda. Estoy bastante nerviosa porque me caso mañana mismo y aún no he terminado con todo lo que tengo que hacer. Mi novio, sin embargo, está bastante tranquilo. A mí... Me falta toda la parte estética, pelo, maquillaje... También él tendrá que ir a la peluquería a quitarse algunas canas... Ahora mismo solo pienso en casarme y en acabar de arreglar mis cosas por aquí; vender mi coche e irme, ya, a probar una nueva vida en Barcelona; con mi nueva casa, mi marido y mi nuevo negocio. Eso es lo que deseo: abrir mi propio negocio. Porque ya he trabajado mucho para los demás, como camarera del Bingo Mercurio, como dependienta en Hollyday World, en el mercadillo de San Fernando, con el Ayuntamiento en Vías y Obras y con la coordinadora de Festejos; ahora ya no deseo trabajar por cuenta ajena, quiero ser autónoma y abrir una tienda de segunda mano.

Después quiero ir a Suecia, a visitar a mi hija. Y a mi país a ver a mi familia, pues hace muchos años que no voy a verlos ya que la situación económica no me lo permitía. Mi luna de miel será en Brasil, para estar con los míos y recuperar el tiempo que he pasado sin verles. Sueño con poder abrazar a mi padre, que tiene ya cerca de ochenta años (lamentablemente mi madre ya no está), y a mis tres hermanas y sobrinos. Pienso en estar con ellos y hacer muchas cosas

allí. Iré a la casa de campo que tiene mi padre en Paulista, un pueblo de Recife. También a Timbauba, el pueblo donde nacieron mis abuelos. Allí es donde yo andaba a caballo con mi abuelo. Me gustaría ver la casa donde crecí y pasear por la playa donde mi padre me llevaba cuando yo tenía cinco o seis años. Y bañarme en ella...

Joyce Brito



III

Cuando llegué a Canarias hace ya treinta y nueve años no me paré a pensar dónde y cómo iba a estar... treinta y nueve años más tarde. Y aquí estoy: en el paro, como muchos españoles; con una edad difícil para encontrar un trabajo... como muchos españoles. Quizás tenga más suerte que muchos españoles: porque no tengo hipoteca, ni hijo que alimentar, ni pago ningún alquiler. Vivo en mi propia casa, mi hijo ya es médico y tiene su propia vida. Puedo permitirme viajar, acudir con frecuencia a ver a mis padres a Francia, a un pueblo precioso a orillas de un lago rodeado de montañas... y aprovecho que todavía están bien para hacer actividades, sobre todo culturales, y para dedicarme a mi gran pasión: la lectura. Procuro disfrutar de la vida, algo que no pude conseguir cuando trabajaba. Y, desde luego, quiero hacerlo antes de que la edad merme mis facultades físicas o mentales. Mi vida está llena de cosas, grandes y pequeñas, que me hacen feliz. Un día con mi hijo; otro, con la nieta de mi pareja que adoro como si fuese mía; un crucero, un encuentro con amigos, una cena en casa con otros; una visita a mis padres o a mis hermanos, a mi país; la lectura de un buen libro, cocinar, un paseo en la playa; o tomar el sol en la terraza de mi casa, en Sonnenland, donde después de tantos años me sigue maravillando la vista, esa vista que me hizo

enamorarme de esta casa y comprarla; esa vista al infinito del mar. Añoro a dos amigas -ambas se fueron antes de tiempo-, y me considero afortunada por seguir viviendo en esta tierra que me acogió e hizo de mí lo que soy ahora.

Estoy asomada a la terraza de mi casa, con la mirada perdida en la inmensidad del mar, un mar de un precioso azul, bajo un cielo no menos hermoso. Me encantan estos momentos de soledad disfrutando de este maravilloso paisaje. A lo lejos diviso un barco: parece un transatlántico, similar a aquel que me trajo a Canarias hace tantos años. ¡Qué joven era yo entonces!, joven y llena de ilusiones. Muchas se cumplieron, otras ni lo más mínimo... La verdad es que no sabía nada de Canarias en aquel entonces. Me encontré con una dictadura, con ausencia de libertades y atrasos en muchas cosas básicas para una francesita recién llegada de Londres, donde había vivido un año como “au pair” para perfeccionar el idioma. ¡Qué choque! Las miradas de la gente a mis mini faldas o a mis pantalones cortos: las mujeres con reprobación, o envidia; los hombres con concupiscencia, como si mi atuendo fuese un reclamo o una llamada. En Londres o en Francia pasaba casi inadvertida, ya que era normal. Y la pensión, donde tuve que alojarme la primera semana: a las nueve de la noche apagaban el compresor que daba luz y no quedaba otra que irte a dormir. Y la Guardia Civil, de la cual tuve el atrevimiento de reírme cuando vi los tricornos que adornaban sus cabezas. Recuerdo que casi le da un síncope a la persona que me acompañaba, madrileño él y con un miedo visceral a la Guardia Civil y a la policía de cualquier clase. “Por menos de eso te pueden pegar un tiro” me dijo en voz baja, apartándome del lugar. Y otro síncope estuvo a punto de sufrir cuando quise besarle al lado de un policía, en Las

Canteras, para que un amigo nos hiciera una foto. Este miedo no lo podía comprender, nunca lo había sentido ni lo llegué a sentir a pesar de que intentaron inculcármelo.

Las chicas canarias murmuraban cuando iba de camino a mi primer trabajo en una joyería de la Kasbah: “esta es la francesa que vive con uno sin estar casada”. Entonces yo no hablaba español y no podía contestar ni defenderme, aunque tampoco había nada que defender a mi entender. Pero como se me dan bien los idiomas aprendí muy deprisa, viendo los informativos en la televisión (cuando ya pude vivir en un piso en Playa del Inglés, con luz y muchas más comodidades que en la pensión de los primeros días). Entonces pude ponerlas en su sitio, desenmascarar su actitud hipócrita ante la vida y defender la libertad con la cual había nacido; esa libertad esencial a todo ser humano para su desarrollo, su felicidad y plenitud. No hay nada tan imprescindible como la libertad. La libertad de decidir, de hablar, de expresar tu ideología, tus ideas, sin miedo, aunque sean contrarias al entorno. Tenía ganas de despertar a la gente, de incitarla a rebelarse; de hacer esa revolución de la cual, con o sin razón, están tan orgullosos los franceses. En vez de eso aproveché la oportunidad laboral que me brindó esta tierra y me sumergí en la vida adulta.

Trabajé mucho, luchando para hacerme un hueco en medio de los hombres. Llegué a ser la primera mujer recepcionista y la primera Jefa de Recepción de un hotel de lujo. Entonces no era tan fácil ni obvio como ahora. España era un país muy machista. “Las mujeres en la cocina”, decían, sacándome de mis casillas. Éramos doce y yo era la única mujer. Exigí el mismo sueldo para el mismo trabajo. Rechacé los favores que pretendían otorgarme -a mi pesar-

por ser mujer y los que me quisieron imponer cuando estuve embarazada, como cambios de turnos, exención del turno de noche y otros. Cuando ascendí se incrementaron los problemas: a algunos hombres (los menos inteligentes a mi entender) les costaba aceptar órdenes de una mujer. Pero conseguí ganármelos y desarrollé una carrera profesional en hostelería muy satisfactoria. Hoy en día Canarias es mi segunda patria, la tierra que me ha dado lo más grande que tengo: mi hijo. Es la tierra que ha hecho de mí lo que soy, la tierra donde lloré, reí, crecí, maduré y donde he tenido y tengo mis mejores amigos; aunque algunos ya me hayan dejado, desafortunadamente. También es la tierra donde pasar mi vejez, viendo crecer a mis nietos, sin renunciar a mis raíces francesas.

Subo la escalera a mi habitación y voy directamente al mueble donde guardo todos mis tesoros, esas cosas que uno arrastra y acumula durante toda su vida: fotos, postales recibidas, tickets de trenes, de teleféricos; tarjetas de cumpleaños de familiares y amigos, cartas de amor antiguas, la primera cartilla del niño... Saco un álbum de fotos, de esos antiguos con tapa de cuero, y al abrirlo me asalta el olor de mi niñez. Las fotos en blanco y negro me sumergen en un tiempo de inocencia, felicidad y despreocupación, de ilusiones y cariño; mucho cariño. También me llevan a una época menos idílica, la que pasé sola con mi madre mientras mi padre estaba en África del Norte, luchando en un estúpido conflicto sin sentido. A veces mi madre se veía obligada a dejarme media hora sola y me sentaba en una alfombra con mis juguetes. A su regreso no me había movido, hipnotizada por el movimiento de las sombras a través de las ondulantes cortinas movidas por el viento. Desfilan en mi cabeza los

recuerdos de mi pueblo: los olores a flores cuando llegaba la primavera; rodeado de montañas blancas en invierno; esa explosión de colores cálidos en otoño, salpicando los bosques de las laderas; el lago abarrotado de gente en verano, surcando con hermosos veleros sus aguas cambiantes, bañándose en sus playas de césped y piedras.

Todos los días en verano, cuando el tiempo lo permitía, mamá preparaba una cesta con huevos duros, “chips”, salchichón, baguettes frescas, frutas y zumos, e íbamos a cenar en la hierba, en los lugares habilitados para ello. Nos dábamos -mi hermana, mi hermano y yo- un bañito en la orilla del lago, regalando unos momentos de intimidad a nuestros padres y de tranquilidad a papá para contar a mamá lo acontecido durante el día. Mi padre trabajaba como instalador electricista, un trabajo que nos permitía vivir cómodamente e irnos cada año de vacaciones al país vasco francés, a cientos de kilómetros de casa (tardábamos dos días en llegar en coche, parando en casa de unos primos en el sur del país y paseando por Carcassone, preciosa ciudad medieval cerca de los Pirineos).

Los domingos íbamos a casa de nuestros bisabuelos. Tenían una casa inmensa, llena de escondites y sombras, donde una vez desapareció mi hermano -con dos años de edad- durante una hora. Aquel tiempo se me antojó una eternidad -yo tenía por entonces diez años- y lo recuerdo como uno de los momentos más angustiosos de mi vida. El pobrecito se había mojado sus pantalones, y por vergüenza se había escondido detrás de una puerta. Así, cada vez que alguien la abría no lo podían ver. Coincidíamos en aquella casa con unos primos, y las comidas eran siempre divertidas. Los niños teníamos nuestra mesa y todavía recordamos, riéndonos, el

episodio del guisante: a alguien se le cayó un guisante del plato y empezamos a empujar cada uno el guisante hacia el plato del comensal más próximo. Así dio el guisante varias vueltas a la mesa y quedó para siempre en la memoria de cada uno de nosotros. Después del colegio jugábamos en el jardín, siempre y cuando el tiempo lo permitía y una vez terminados los deberes. Recuerdo un día, jugando con mi hermana, que sin querer la solté después de hacerla girar y se cayó al césped. Ante sus quejas, llamé a mi madre y le dije que se había caído, sin hablar de mi culpa. Tuvieron que llevarla al hospital: se había fracturado la clavícula. Me sentí fatal y terminé confesando la verdad.

Dentro de unos días estaré de nuevo en Francia, en casa, tocando mis raíces, y sé que, como siempre, recordaremos todos juntos mil cosas, mil anécdotas; esas que sumadas forman la vida de cada uno de nosotros y perduran mas allá de ésta. Ahora, tumbada en mi cama, los ojos mirando al techo, sola conmigo misma, envuelta en esa soledad tan beneficiosa que me gusta saborear de vez en cuando, doy un brinco de repente, asaltada por una imagen desagradable: yo misma, viejita, arrugada, sentada al sol en una silla de ruedas; la mirada perdida, ausente, en una soledad no deseada. Me incorporo espantada y ahuyento la imagen con grandes aspavientos. Mi cerebro se esfuerza por confeccionar otra imagen: yo, vieja, coqueta, caminando por la playa con mis nietos, jugando en el agua; contándoles historias de mi juventud, de mi vida, de mi hijo -su padre-; yendo al teatro, viajando, cenando con amigos... En realidad no me interesa el futuro o, más bien, no quiero pensar en él. No quiero martirizarme pensando que puedo enfermar, ver disminuir mis facultades físicas y mentales, actitud a la que

me inclina mi naturaleza pesimista. Una cosa son los deseos y otra la realidad. Conozco mis deseos, pero no la realidad de lo que va a acontecer, así que prefiero dejar que transcurra mi presente hacia mi futuro, sin hacerme preguntas, sin preocuparme y sin anticipar algo que no depende de mí en gran medida. Carpe diem.

Laura Curtelin



IV

Fui la última en nacer en una numerosa familia de veinte mujeres y un hombre. Posiblemente ya no me esperaban, después de la llegada del ansiado niño. Tenía año y medio cuando murió mi madre, dejando tras de sí un reguero de criaturas, aunque algunas ya se habían casado. Pocos recuerdos guardo, desafortunadamente, de aquella difícil aunque preciosa época. Me criaron mis hermanas y tuve una infancia donde mis amigos eran mis sobrinos. Crecí con el mismo amor filial que recibieron ellos, tanto por parte de mis hermanas como de mis cuñados (maravillosos), a quienes no les importó lo más mínimo costear mi educación; a quienes respeté y aún respeto y quiero.

Mi padre se volvió a casar cuando yo tenía cinco años. Sé que quiso llevarnos a un nuevo pueblo, pero mis hermanas no se lo permitieron. Fue bueno... pero bebía mucho. No tengo demasiados recuerdos suyos. Yo tenía trece años cuando también él murió. Tres o cuatro años después pasé a vivir con el núcleo de mis hermanas solteras. Aquellas fueron unas preciosas vivencias de armonía, cariño y apoyo mutuo. Nadie daba órdenes a nadie, solo consejos como “yo en tu lugar haría...”. Siempre la mayor de turno tomaba el mando (aunque en su momento fuese extremadamente joven) y las demás respetábamos las normas. Naturalmente que

había discusiones, pero siempre terminaban entre lágrimas y besos. No pude haber tenido una familia mejor. El amor persiste en la actualidad, aunque queda el triste recuerdo de aquellas que se han marchado.

¿Por qué estoy aquí?... Nunca me lo preguntaré lo suficiente. Era la secretaria de dirección en una fábrica de licores, en Colombia, donde nació. Entre mis cometidos estaba hacerme cargo de las licitaciones, estudiar las ofertas de los distribuidores, etc. En un momento aparecieron un canario y su socio catalán ofreciendo distribuir nuestros productos en Canarias y África. Les encantó mi forma de trabajar y empezaron a seducirme para ser su secretaria en Las Palmas. Yo era tan feliz allí -en todos los aspectos- que aún hoy no sé cómo pude aceptar su oferta. Me enviaban folletos preciosos de las islas, me pagaban el viaje, incluso de regreso, y un mes de estancia por si no me adaptaba... Pintaron todo tan bonito, tan fácil... Así que acepté.

Pero a los pocos meses aquella empresa quebró, y la que había sido mi última jefa en Las Palmas me acogió en su casa hasta que pudiera organizarme de nuevo. Estando en el Parque Santa Catalina conocí a un suizo que sintió un flechazo absoluto por mí, aunque no fue recíproco. Se llamaba Pierre. Invitaciones, flores cada día... Su sueño era vivir en California. Después de muchos dimes y diretes acepté su propuesta y nos fuimos a Estados Unidos; él a California y yo a Nueva York, a casa de una de mis hermanas. Pasé algún tiempo allí y se avecinó la caducidad de mi permiso de estancia. Mi hermana me dio un ultimátum: o me casaba o regresaba a Colombia. Entonces me casé para obtener los papeles, en Las Vegas, con un neoyorquino. A Pierre no le gustó nada, pero aceptó ser el padrino de aquella boda de

conveniencia. Sin embargo, la obtención de los papeles se hizo farragosa y se alargaba tanto en el tiempo que me cansé. Y viendo que tampoco tenía sentido esperar para casarme con Pierre, decidí regresar a Colombia. Siempre le dije que no lo amaba, pero él seguía creyendo en lo imposible.

Estando en Colombia recibí la llamada de una amiga, la que hoy es mi socia de un local (ahora en arriendo). La había conocido tres años antes en el sur de Gran Canaria, donde trabajé hasta que me fui a Estados Unidos. Me llamó recordándome el sueño que ambas teníamos de abrir un chiringuito y una tienda. Después de tres años ausente de Canarias me vine para sacar adelante nuestro sueño. Viví un tiempo en casa de su madre, en Montaña de la Data, y abrimos la “Boutique Hechizos”, una tienda de ropa femenina. Aquella fue una época dura, pero conseguimos sacar adelante nuestro sueño. Pensé que aquella tienda iba a ser mi jubilación, pero llegó una crisis (en 1989 o 1990, no lo recuerdo bien) y no nos quedó otra que alquilar el local. La vida siguió... Yo comencé a hacer sustituciones por todos lados (reemplazando a las dependientas que se iban de vacaciones) y también pasé una época en “secano”. En aquellos momentos difíciles alguien me dijo: “Miryam, qué desperdicio, haz algo en tu vida”. Ella misma me impuso prácticamente el cambio, presentándome al dueño de una tienda. Parece ser que gusté y también allí me dediqué a hacer sustituciones en las diferentes boutiques de un centro comercial. Encontré un lugar que me encantó para vivir, un bungaló destrozado y lleno de cucarachas, pero con césped, araucarias y al fondo el mar: el paisaje era un trocito de mi patria. Tres años después, el director de una inmobiliaria me propuso trabajar con él. Me dijo que tenía presencia, estilo, don de gentes, facilidad de palabra... Y así

comencé a trabajar en este sector, casi hasta la actualidad.

Pero mi presente está vacío, parece un agujero negro que todo lo absorbe. Me indigno conmigo misma, porque sé que tengo todas las herramientas para salir de él. Pero... todo me asusta. ¿Qué ha pasado... que me hago mayor? Si todos vamos inexorablemente a lo mismo... Es estúpido. Lo cierto es que soy muy independiente, y eso sí me da miedo: depender. Pero mientras ese momento llega, no entiendo por qué me cuesta disfrutar. Es verdad que me gusta leer, y que he leído todo aquello que me caía encima; que me llegué a volver adicta a la biblioteca; que me he aficionado al correo electrónico para conectar con mis seres queridos... Pero, sin saber cómo ni por qué, he perdido la ilusión por todo. Creo que hoy mi vida está vacía. Vivo en un sitio precioso, como he dicho, con lindas vistas al mar. No tengo problemas y si estoy sola es porque yo misma lo he buscado. He huido -porque esa es la expresión que lo define- del matrimonio y de las obligaciones.

Me planteo regresar con los míos... Tengo muchas opciones: Costa Rica, Panamá, Miami, Colombia... Pero tengo miedo a readaptarme, a haber idealizado, quizá demasiado, todo aquello que recuerdo; a pesar de que mantengo contacto más o menos continuo con todos. Solo tengo un hermano, como he contado, y hace treinta y cinco años que no nos vemos. Aun así conozco a su familia, que me invita a vivir allí, en Costa Rica. ¿Por qué este miedo, esta indecisión? Tal vez el haber sido la última en casa me lleva a pensar que también seré la última en irme. Obviamente me quedarán mis sobrinos, que han ido envejeciendo conmigo; y que incluso algunos son ahora abuelos. Y mis sobrinos nietos. Pero pienso que no me conocen realmente, que no

tienen por qué hacerse cargo de mí. Creo que esto es lo que ronda por mi mente, y también la crisis actual, que nos decapita a todos. Cuando comento estos miedos con mi gente me regañan, se ríen, se burlan... Pero es una realidad. Como me dicen a veces: “Miryam, tienes que venir a reconstruir recuerdos... a llorar juntas... a reír juntas. Ten en cuenta que te estás perdiendo toda tu historia familiar. No estás en ninguna foto de bodas, bautizos...”. Tiran de mí continuamente, y yo me repliego. Miro mi armario... Tengo que recoger cosas para Cáritas, tirar otras cuantas, enviar otras... Cierro el armario y me tumbo en el sofá a ver cualquier estupidez. Y la vida pasa. Y sigue bailando a mi alrededor como si yo no fuese partícipe de esa fiesta.

Estos días escuché -creo- el mejor piropo que me han echado nunca. Un dependiente de la farmacia me dijo: “Sal, no te escondas. Dale a alguien la oportunidad de que te descubra”. ¡Qué hermoso! Sentí ganas de llorar. Mis amigas también me dicen que tengo mucho que dar, que no puedo desperdiciar mi día a día de esta manera. Otra sobrina me escribió: “No puedes seguir así... ¿Dónde está mi tía berraquita (“echada palante”) que ha sido la admiración de todos nosotros, que ha sido nuestro ejemplo? Saca fuerzas recordando tu lucha para salir adelante, sin pedir nada a la familia... y renace de esas estúpidas cenizas con las cuales te estás cubriendo”.

Proviengo de un hermoso país. De una ciudad llamada “la ciudad de las flores”, de las orquídeas. En medio de mi frivolidad no vi lo que tenía alrededor. Bastó perderlo -como ocurre casi siempre- para reconocerlo a mi regreso. Todo era nuevo. Siempre ha habido fincas ganaderas en mi familia y era frecuente la presencia de perros. Recuerdo que cuando

venía algún perrito a saludarme yo pedía que me lo quitaran de encima. Un día, aquí, me regalaron un setter. Lo recibí por educación, pero nunca imaginé todo lo que me enseñaría: amor, lealtad, tolerancia. Así fue como empecé a descubrir la belleza de una flor, lo hermoso de una tormenta, la bella y terrorífica fugacidad de un rayo... Sentarme en una pradera, o en la cima de una montaña... respirar su fragancia y escuchar la variedad de trinos... cómo se nubla la tarde y cae una refrescante lluvia. He apreciado la paz y la tranquilidad que da sentarte en una roca en mitad de un río, bañarme bajo una cascada después de salir del mar. Es todo tan hermoso... y qué poco sabemos apreciarlo y cuidarlo.

Hoy entiendo que no es bueno para nadie complacerse exageradamente en la soledad. Y pienso que sería hermoso apuntarme en la recepción de un hospital, y así acompañar enfermos que no tienen quien los visite. No para cuidarlos (como enfermera soy nefasta), sino más bien para conversar. Yo misma me he visto en esa situación y no hay nada más deprimente. Pero, por el momento, en lugar de salir adelante solo sé llorar.

Miryam Gómez



V

Los recuerdos de mi infancia son algo tristes y a la vez bonitos. Conviví en casa con dos culturas diferentes: costumbres, idiomas, educación... Mi padre era alemán, cristiano; más liberal que mi madre; tenía amigos y amigas. Mi madre, musulmana, era más cerrada y mucho más contenida. Sólo tenía amigas. Yo no viví una infancia como la de mis amigas. Con seis años ya limpiaba la casa, sabía preparar el té turco y había aprendido a ser educada (recuerdo que saludaba con mucho respeto, tal vez exagerado). Nunca tuve mi propia habitación, ni juguetes. Dormía en el salón. Y recortaba en las revistas las fotos de los muñecos para imaginar que tenía juguetes. No entendía si la razón de esa ausencia de juguetes era nuestra pobreza o un tema de religión. Esa y otras muchas preguntas que me hice durante aquellos años aún no han encontrado respuesta. Mi vida era acudir a la escuela, limpiar, recoger, estar en casa y esperar a mis padres cada fin de semana.

Mis padres vivieron un amor imposible, viniendo de dos culturas tan distintas y con entornos familiares tan diferentes también (ambas familias no se hablaban entre ellas). Se enamoraron con quince años mientras jugaban en el parque y mi madre me tuvo a mí un año después, con dieciséis. Ninguna de las familias aceptó su relación, aunque

fue la familia de mi madre la que se opuso con más dureza, ya que la religión turca no podía admitir el hecho de tener una hija embarazada, sin estar casada y, además, de un hombre de otra religión. Así que tuvo que marcharse de su casa para poder tenerme y pidió ayuda en una casa de acogida. Durante un año estuvieron sin verse, aunque se prometieron esperarse y estar juntos. A pesar de todas las dificultades viví con mi abuela turca hasta los catorce años. Mis padres se fueron a estudiar y a trabajar duramente al sur de Alemania. Cada fin de semana, cuando venían a verme, era para mí la felicidad.

Cuando terminaron sus estudios y pudieron comprarse su propia casa me fui a vivir con ellos. Yo tenía catorce años y para mí comenzaba una nueva vida. Me sentí mimosa al mismo tiempo que feliz. Tuve de todo: amor, juguetes... Pero estaba enfadada con mis padres por haberme dejado tanto tiempo con mi abuela. Mis padres se esforzaron para conseguir mi amor, y lo consiguieron. Tanto que me llegué a sentir la hija más deseada y plenamente feliz. Tres años después, cuando todo estaba en un orden perfecto, mis padres decidieron hacer un viaje con el que habían soñado mucho tiempo: ir a Turquía. Yo me quedé feliz con mi abuela alemana mientras ellos iniciaban el viaje en coche desde Alemania hasta Turquía. Entonces fue cuando lo perdí todo.

A los tres días de iniciar su viaje me dieron la noticia de que habían sufrido un accidente de tráfico y ya no estaban vivos. Me dijeron que ya estaban en el cielo. Todo cambió en mi vida. Con diecisiete años estaba sola. Me enfadé con el mundo, no quería saber nada de nadie. Dejé de estudiar y empecé a fumar y a beber. Así, bebiendo, me parecía que no recordaba el dolor de haber perdido a mis padres. Aun así, nunca olvidé lo que me dijo mi madre después de ver un

documental en la tele: a la vuelta de su viaje iríamos juntas a Canarias, a la playa; al sol y a la arena.

Una mañana, mi mejor amigo me despertó y me dijo: “Vámonos de aquí, vámonos a España. Te vendrá bien”. La verdad es que necesitaba alejarme de la familia, porque me querían mandar a Turquía, a casarme. También habían vendido la casa de mis padres. Yo estaba realmente enfadada, así que decidí marcharme de casa. Tenía diecinueve años y mi amigo veintiuno. Él era un muchacho rebelde, medio alemán y medio madrileño. Sus padres deseaban que él estudiara en Madrid y nos ayudaron en todo, hasta le compraron un coche con la condición de que estudiase allí. De modo que nos fuimos en su coche a España. El viaje fue una experiencia interesante, pero yo no dejaba de beber y de hacer cosas de las que ni me acuerdo. Llegamos a Alicante y nos quedamos un mes en su casa. Era la primera vez que veía la playa y el sol.

Allí comprendí que estaba sola y que debía seguir adelante. Pensé que tenía que vivir por mis padres. Luché. Dejar de beber me resultó muy duro, pero pude conseguirlo con la ayuda de mi amigo. Su amistad y su compañía me hicieron ver la realidad y entender las cosas. Al cabo de un mes nos marchamos a Barcelona, a otra casa que sus padres tenían allí, donde también nos quedamos unas semanas. Allí me abrí más, empecé a conocer gente y a aprender español. Después decidimos irnos a Madrid, para que mi amigo pudiera comenzar sus estudios. Yo encontré trabajo como “au pair” cuidando y enseñando alemán a los hijos de una familia española. Fue una experiencia inolvidable. Aquella familia me llegó a querer.

Pero nunca conocieron mi pasado. Durante los cinco

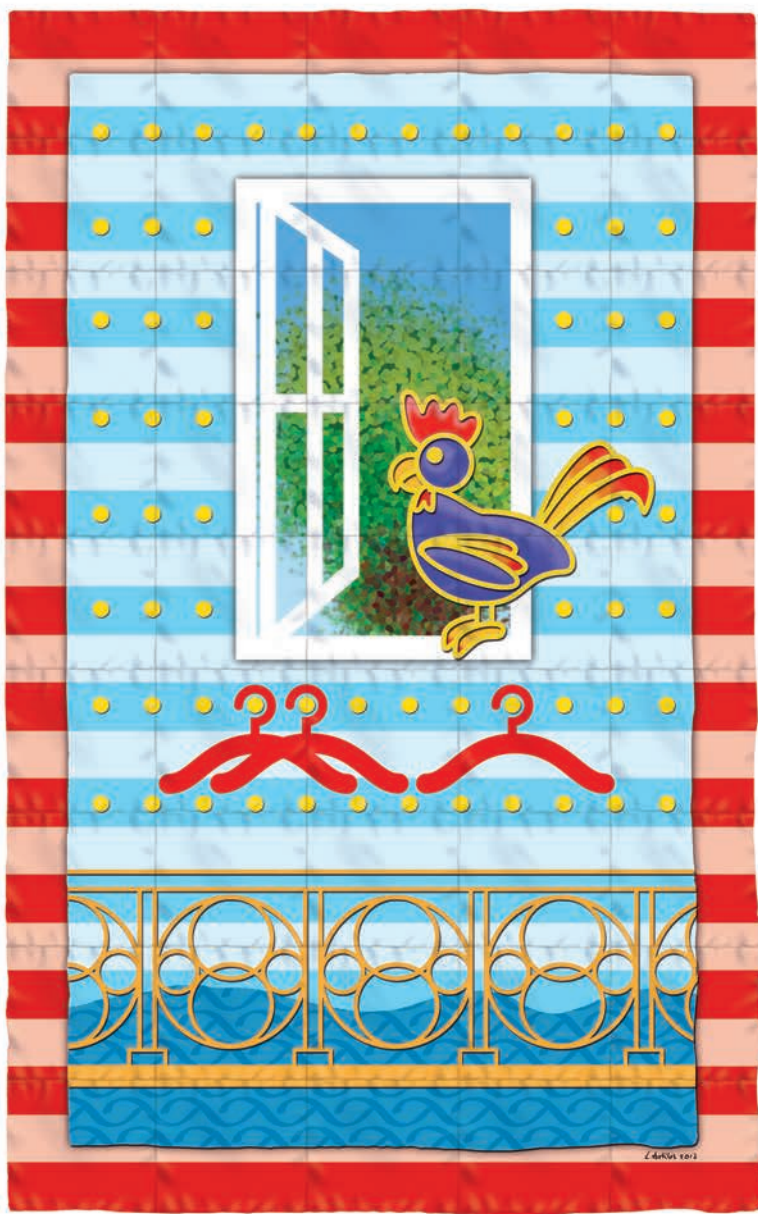
años que estuve en Madrid mentí sobre mi vida a toda la gente que llegué a tratar. Decía que era estudiante y que mis padres vivían en Alemania, porque no quería reconocer la verdad sobre mi vida. Aprendí a convivir con sueños y mentiras. Al cabo de ese tiempo surgió la posibilidad de abrir un negocio propio, con mi amigo. Y viajamos a China, Japón y Filipinas en busca de ideas, mercancías, proveedores... Después de un mes de viaje llegó el momento de decidir dónde nos gustaría abrir nuestro negocio. Y nos decantamos por Canarias, donde yo siempre había soñado. Mi amigo abrió el suyo en Tenerife y yo en Gran Canaria una tetería herbolario muy hermosa.

Me duró la felicidad cinco años, después tuve que traspasarla porque estando sola me costaba mucho mantenerla. Pero fue una experiencia inolvidable: aquí empecé mi vida. Vivir sigue siendo para mí una lucha constante, pero aquí, en Canarias, era feliz. Conocí gente maravillosa, a familias acogedoras, y decidí quedarme. Empecé a estudiar y a seguir adelante, sola, pero con la ayuda de amigas y amigos. Hoy en día les agradezco a ellas y a ellos mi existencia. Tuve la posibilidad de trabajar en un hotel del sur de la isla y de estudiar Turismo. Hace poco perdí el trabajo -por la crisis- y he estado cinco meses desesperada en el paro. Necesitaba encontrar un trabajo que me llenara, pero también me hacía falta algo, lo que fuera, para descansar. Ahora por fin tengo un trabajo como dependiente de una cadena de ropa. Mi vida ha cambiado mucho... Me mudo otra vez a Las Palmas. Estoy contenta porque estaba buscando algo en la empresa textil y también por volver a la ciudad donde dejé a mi gente para venir a trabajar al sur.

Me gustaría poder vivir mi futuro en paz, sin preocupaciones; encontrar la paz interior. Entre mis

expectativas están tener un buen trabajo y enamorarme locamente para poder formar mi propia familia, para ser feliz, aunque esto está también en mis manos. Me imagino mi futuro aquí, donde he encontrado muchas puertas abiertas y gente que me ha dado infinidad de oportunidades. Respecto al trabajo no me preocupo, porque sé que no me va a faltar, lo único que me falta es encontrar el amor. Un momento que imagino del futuro es un paseo por la playa del Cotillo (en Fuerteventura) con mi familia; con un hijo y embarazada de un segundo; de la mano con mi pareja; no hay nadie más paseando por allí. Sintiendo el palpito de la felicidad de pasear con mi familia.

Nursel Akturk



VI

Me llamo Mabel Martinengo y nací en 1955, en Mar Del Plata (Argentina). Mi ilusión es ser abuela pronto y mi pasión es el tenis, al que juego gracias a mi hija. En el futuro deseo viajar: conocer otros países, poder desplazarme en tren, a pie por las ciudades (los barcos no me gustan); tener contacto con la tierra, sentir las cosas cerca para tocarlas; descubrir nuevas sensaciones, formas y olores. También albergo la ilusión de comprarme una pequeña casita, con un huerto como el que tenía mi papá, cuando yo era pequeña. Allí cultivaba hortalizas y toda clase de verduras, como los hermosos zapallos (calabazas) que solían pesar cuatro y cinco kilos. Mi papá atendía el huerto los fines de semana, porque durante la semana trabajaba en una fábrica de pescado. Él cocinaba el pescado que luego se envasaba. Trabajaba muchas horas al día, sobre todo cuando era la temporada del atún. Solía llegar de madrugada, para levantarse de nuevo a las siete. No se ponía enfermo y no recuerdo verlo de vacaciones. No las cogía para que se las pagaran y así traer algo más de dinero a casa.

Realmente mi infancia fue muy pobre. Soy la segunda de cinco hermanos: tres chicas y dos chicos. Nací en agosto (pleno invierno allá), en una casa rodeada de eucaliptos muy altos, con un patio de tierra. Me criaron con mucho

cariño, sobre todo por parte de mi mamá. Siempre temía que nos pasara algo, que alguien nos robara... Aparte del huerto teníamos un gallinero con gallinas, pollos y un gallo que cuando venía visita a casa los atacaba y los picoteaba. La gente le tenía miedo. Mi papá le puso nuestro nombre a algunas gallinas, así que cinco de ellas tenían nombre. Cuando una de ellas salía cacareando del gallinero es que había puesto un huevo. Entonces decíamos: Mirta o Mónica ya puso un huevo; nos reíamos mucho y se lo dábamos a mi mamá.

Un día mi mamá tenía que matar un pollo para hacer el almuerzo, pero no sabía cómo hacerlo. Entonces vino su cuñada, la tía Nini, y le retorció el pescuezo, pero éste no se murió. Mi mamá llamó entonces a mi tía Coca (que sabía hacer de todo), que trajo un cuchillo, sujetó al pollo por la cabeza y se la cortó de un solo cuchillazo. Cuando lo soltó, el pollo salió corriendo, sin cabeza, ante los gritos de espanto de todos los niños que mirábamos el espectáculo. No podíamos creer que un pollo caminara sin cabeza, chorreando sangre... Claro que fueron unos cuantos metros. Luego murió, el pobre, y nos lo comimos con arroz. Esto pasó en la primavera de 1963.

Aunque éramos pobres igual venían los Reyes Magos, claro que nunca traían lo que pedíamos. Pero algo caía. Y recuerdo con mucho cariño a la tía Ana (que no tenía hijos) que venía todos los cinco de enero por la noche, con su marido. Aparcaban la moto a dos calles de mi casa, para que nosotros no nos despertásemos por el ruido y así poder dejar los regalitos afuera, en el patio de tierra; junto a los zapatos que los cinco colocábamos y que mamá supervisaba por la tarde para que estuvieran bien lustrados. Cada zapato

se colocaba al lado de una lata; unas con agua y otras con pasto; todo para los camellos, ya que venían de Oriente y nosotros vivíamos en Argentina. Cuando me hice grande preguntaba: le dejamos comida y agua a los camellos, ¿y a los Reyes Magos nada? Es por eso que me gustan tanto los camellos de Canarias. Fue acá cuando los vi por primera vez.

Nunca me gustó estudiar, pero sí ir al colegio, que quedaba a dos calles de mi casa y que tenía una higuera en el patio. Yo trepaba y bajaba los higos a mis compañeras, porque a mí no me gustaban. Recuerdo que las monjas daban ropa y zapatos a las niñas pobres del barrio, pero a nosotras (tres hermanas) nunca nos daban nada, y mi mamá se enojaba mucho. Al colegio teníamos que ir con un “baby” blanco que mi mamá lavaba y planchaba. Nos peinaba con una coleta o dos trenzas, calcetines azules y zapatos bien brillantes. Un día fue al colegio, habló con la monja encargada de hacer el reparto de ropa y le dijo: “mire usted, nosotros somos muy pobres, tengo cinco hijos y en mi casa solo entra el sueldo de mi marido”. La monja contestó: “¡es que tus hijas vienen muy limpias!”. Y mi mamá le dijo: “La pobreza no está reñida con la limpieza. Soy pobre y muy limpia”. Yo creo que le dio resultado porque al día siguiente nos dieron zapatos.

Cuando le dije a mi padre que no quería seguir estudiando me contestó que si no estudiaba tenía que trabajar. “Acá no quiero flores”, dijo. Y a los dos días empecé a trabajar de dependienta en una panadería, nueve horas diarias. Tenía entonces quince años. Mi papá era muy severo con algunas cosas: con los horarios de llegada por la noche, no me dejaba usar mini falda, ni pintarme las uñas, ni los ojos. Creo que por eso me casé tan pronto. A los dieciocho. Llegué casada a Madrid en 1976 huyendo de la difícil situación económica de

mi país; asustada, con miedo a lo desconocido; con una maleta roja en la que llevaba, entre otras cosas, el álbum de fotos de mi casamiento y fotos de mis padres, de mis hermanos y de mis hermanas. Desde allí cogimos un tren para Málaga, el más barato. Un tren de asientos de madera que tardó once horas en hacer el recorrido.

En Marbella trabajamos en los hoteles; yo en uno y él en otro. Un compañero nos habló de las bondades de Gran Canaria y seis meses después viajamos a Las Palmas en barco. La guagua nos dejó en Vecindario, en el hostel PACO. Vecindario parecía un pueblo del Oeste americano; las pocas casas que había estaban sin pintar, los plásticos de los tomateros se paseaban por la calle principal, los bares eran oscuros y solo había hombres en ellos... Unos días después nos recogió este compañero canario para llevarnos al sur de la isla, a Maspalomas. Creo que siempre guardaré en la retina, a la altura de la curva de San Agustín, la imagen de las dunas y el faro. ¡Qué belleza!

Los dos primeros años aquí estuvimos de forma ilegal, porque no había forma de que nos dieran los papeles en la Delegación de Gobierno. A mí me temblaban las piernas cada vez que entraba, por los malos tratos de una funcionaria que nos gritaba y que no nos contestaba cuando le pedíamos que nos explicase de nuevo algo que no habíamos entendido bien. Nos trataba -a los extranjeros- como a animales no deseados. Cuando al fin pudimos ser españoles -¡qué alegría!- sentí que ya podríamos ser iguales, con los mismos derechos. Pero no... Iguales no. Me lo dijo una mujer cuando yo, muy contenta, le conté que ya era española. “Ahora soy igual que tú”, le dije. A lo que ella contestó: “nunca serás igual a mí”. Y en parte tenía razón: siempre hay alguien

que, por un motivo u otro, te recuerda que no eres de esta tierra. Afortunadamente no todas las personas de acá piensan como esta señora. Hoy tengo muy buenas amistades que me aceptan como persona. Y cuando voy a mi país me pasa algo raro. La gente, en los comercios, me pregunta de dónde soy, por mi acento, por cómo hablo ahora. Yo digo, “de acá, ¡yo nací en esta ciudad!”. Y se me quedan mirando... y yo me pregunto: ¿de dónde soy en realidad?

Nada más llegar a Maspalomas tuvimos suerte y empezamos a trabajar. Poco a poco me fui acostumbrando a vivir acá, sin mi familia a la que tanto extrañaba. Lloraba con frecuencia y no me podía creer que estuviera tan lejos de los míos, en un lugar donde todo era tan diferente a lo que yo estaba acostumbrada. Cuando llegué la gente era muy desconfiada y los extranjeros no siempre éramos bien recibidos. Cuando entraba en un comercio y decía “buenos días” las personas se daban la vuelta para mirarme y no contestaban. Y eso me daba mucha rabia.

El 7 de marzo de 1978 nació mi tan deseada hija Vanesa. Cuando la pusieron en mis brazos me sentí la persona más importante de todo el mundo. Mi hija era muy bonita. Me llamaron la atención sus dedos largos. Siempre fue muy buena, hasta cuando era un bebé: nunca lloraba, siempre sonreía. No se lo conté a mi familia hasta que no llegué a los seis meses de embarazo, para que no se les hiciese tan larga la espera. En aquella época nos carteábamos mucho y cuando nació Vanesa les enviamos un telegrama, pues entonces no teníamos teléfono. Cuando me quedé embarazada yo estaba trabajando en la joyería de un centro comercial, y coincidió que otra compañera también quedó en estado. Ella era canaria y yo no estaba asegurada, así que mi jefe me

despidió ya que no quería tener a dos mujeres embarazadas en su negocio. Por supuesto, en aquella época no se podía denunciar. Así que me quedé en casa criando a mi niña hasta que cumplió veinte meses. No quise llevarla a una guardería, tan pequeña. Vanesa es la gran alegría de mi vida. Siempre ha sido muy comprensiva, cariñosa y alegre. Sus amigos la quieren mucho, siempre está pendiente de las personas que le importan y nunca se cansa de ayudar a quien lo necesita. Por suerte pudo estudiar, hizo un máster en Turismo y trabaja actualmente en la biblioteca de San Fernando.

Cuando yo ya llevaba diez años viviendo acá vino mi hermana pequeña (Mónica), con su marido y sus dos hijas. A ella le costó mucho adaptarse: lloraba y el sol le hacía daño. Pero yo estaba muy contenta de tener cerca a alguien de mi familia; y de que mi nena creciera junto a sus primas y su tía. Todo iba muy bien. Yo trabajaba mucho, llegamos a tener tres comercios y dos casas. Vivíamos en una muy hermosa, rodeada de un jardín con muchas plantas y árboles, una barbacoa y una piscina. Varias ventanas daban al jardín, y desde mi habitación podía tocar las plantas. Pasaba mucho tiempo en la terraza, allí desayunaba, almorzaba y cenaba, siempre mirando al jardín. Salíamos de vacaciones tres o cuatro veces al año. A pesar de que extrañaba mucho a mi familia (prácticamente iba a verles a Argentina cada dos años) era casi feliz. Mi nena también crecía feliz. Hasta que cumplió quince años y me separé por la infidelidad de mi marido. Debo confesar que yo me casé muy enamorada y que pasé veinte años felices. Él supo moldearme a su medida y yo vivía en una nube.

Mi sufrimiento fue muy grande. El de mi nena también, porque adoraba a su padre. A los dos años tuve que

vender mi bonita casa ya que no podía seguir pagando la hipoteca yo sola. Así que comencé a trabajar de camarera en un restaurante, algo que nunca me agradó. Luego compré otra casa más modesta en San Fernando. Vivía con mi hija, trabajaba de camarera, pero me di cuenta de que yo era una persona; que podía pensar por mí misma, decidir, opinar; ir y venir, hacer lo que quisiera; que era libre. Descubrí lo valiosa que era. Fue al separarme que reparé en las cualidades que tenía ocultas, ya que él no me tenía en cuenta para nada. El único que brillaba era mi marido. Por esa razón cuando me separé no me conocía nadie.

Mi marido no me dejaba que me pusiera ropa de color rojo, decía que era un color vulgar (si vieran mi ropero ahora descubrirían que la mitad de mi ropa es de ese color), y tampoco le gustaba mi risa; decía que era muy escandalosa. Comencé a descubrir que los hombres me miraban. Seguro que antes también, pero yo no me fijaba porque estaba enamorada de mi marido; para mí no había más hombres en el mundo que él. Después de mi separación me quedé con muy pocas amigas y amigos. Muchos que creía amigos me dejaron sola, ya no les interesaba. Seguramente porque no podía seguir el ritmo de señora rica. Ahí me di cuenta y aprendí a distinguir realmente cuando una persona es amiga de verdad. Afortunadamente tuve a mi hermana cerca, ella fue mi gran apoyo y me ayudó a salir de la tristeza. Mónica sí fue en aquellos momentos una gran amiga, y también su marido, Miguel.

A los dos años de separarme entré en el partido socialista de SBT. Siempre fui de izquierdas, y me gusta estar en el partido y participar en todos los eventos. En 2001 entré en la Ejecutiva Local y llevé la Secretaría de Igualdad. En 2005

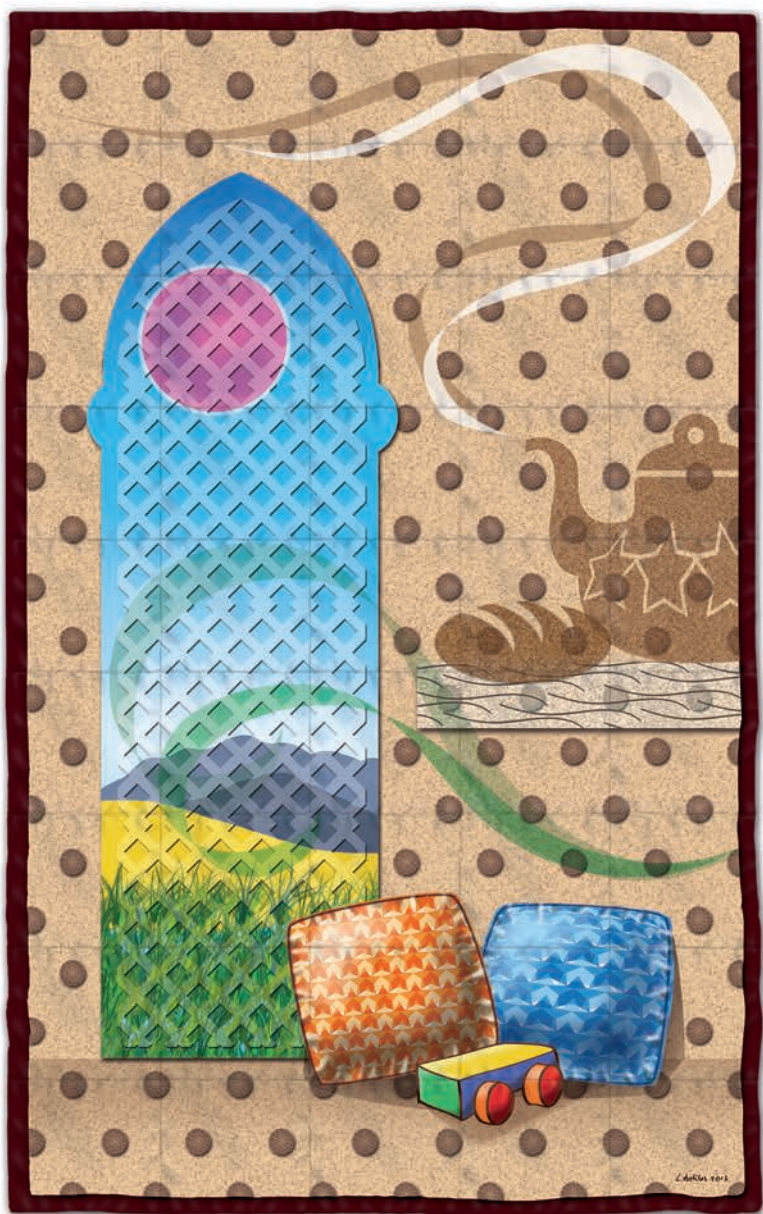
me nombraron para la Ejecutiva Insular y llevé la Secretaría Comarcal junto a otras tres compañeras. Fueron experiencias muy enriquecedoras. En el año 2004 el restaurante en el que trabajaba cerró (un restaurante italiano en Puerto Rico) y me quedé en el paro. A los dos meses de estar en el paro, David -un buen amigo- me dijo que podía entrar a trabajar en la Concejalía de “Mujer”, en colaboración social. Y aquí estoy, como auxiliar administrativa; muy contenta y agradecida. Aquí veo a muchas mujeres que han pasado por lo mismo que yo y me gustaría que también pudieran superarlo, como yo. Entre 2007 y 2009 también participé en la murga de mujeres del Tablero -”Las Mery Wendy”- con la que actué en tres carnavales. Nos reuníamos dos veces por semana para ensayar. Las letras las hacíamos entre todas: nos reíamos mucho y nos metíamos (criticábamos) con los políticos, sobre todo con el alcalde. Siempre me sentí a gusto cantando, disfrazada y con la cara pintada. Como soy muy tímida, así se me notaba menos. Cuando faltaban dos o tres días para actuar yo traía una botella de ron miel, para animarnos más.

Me sigue gustando mucho el tenis. He participado en torneos de singles y dobles mixtos. No me preocupa si pierdo, lo que me gusta es jugar. Y jugar con los chicos más, porque tienen más fuerza y aprendo mucho de ellos. El tenis me da energía, lo mismo que el sol. Vivo en una casa modesta, un dúplex. Desde la ventana de mi habitación puedo ver los árboles del parterre. Paso mucho tiempo mirándolos. Suelo hacer los ñoquis, que yo misma amaso, en el salón, junto al televisor. Allí veo los partidos de tenis cuando hay torneos de “Gran Slam”. Me veo viajando durante los próximos años a mi país para ver a mi familia, aunque acá están mi hija y mi hermana. Si pudiera juntaría España y Argentina, y borraría

el océano. Así podría ir en coche, en tren o caminando. Una de mis metas es conocer el sur y el norte de Argentina, ya que cuando voy no salgo de Buenos Aires. También quiero aprender a bailar el tango, seguir con mi libertad y poder estar cerca de mi hija y de mis futuros nietos y nietas.

Y agradezco mucho esta oportunidad que me han dado de contar tantas cosas, algunas de las cuales nunca las he hablado con nadie.

Mabel Martinengo



VII

Yo de niña casi no jugaba, no tuve muñecas ni amigos, tampoco salía a la calle. En Marruecos me enseñaron únicamente a cuidar de la casa, me educaron para ser una buena esposa. Solo jugaba al escondite con mis hermanos, en los alrededores de nuestra casa, cuando vivíamos en el campo. Había árboles y alguna montaña aislada. Recuerdo las cenas que hacíamos los viernes con nuestra abuela, cómo preparábamos cous-cous mientras los hombres iban a la mezquita. Después, en la zona exterior de la casa, a la sombra de los árboles, montábamos la mesa para comer. Mi abuela era una parte muy importante de la familia, siempre estaba con nosotros. Mi abuelo, en cambio, pasaba casi todo el tiempo fuera, era capitán en el régimen de Franco. Tuve que dejar el colegio a los doce años porque se encontraba lejos y no nos dejaban ir solas.

Teníamos olivos y de ahí sacábamos aceite para cocinar e incluso nos lo echábamos por el cuerpo. También cosechábamos trigo y hacíamos el pan con él. Recuerdo que me sentaba a aprender a hacerlo: amasábamos la harina y cocinábamos en el barro. Yo lo tocaba con el dedo para comprobar si estaba caliente y luego poníamos la mezcla. Desprendía tanto olor que invadía toda la casa. Mi casa era de piedra y de madera, y los muebles antiguos. Las puertas

eran también de madera, dobles y muy altas, de unos tres metros y se cerraban con pasador. Teníamos vacas, cabras, corderos, gallinas y conejos. La hierba era muy buena, tenía mucho olor. Al abrir la ventana llegaba su aroma, no nos hacía falta ningún perfume. También plantábamos limón y jazmín. Y cortábamos hierbabuena para hacer té.

No suelo hablar de mi pasado, no evoco sus recuerdos. Aunque ahora, al hacerlo, encuentro algo de placer pues así no quedan perdidos. El miedo en la vida te hace perder muchas cosas: ahora ya lo he aprendido, pero ha sido al cabo de muchos años. No me gusta recordar el pasado porque no fue bueno, no me enseñó nada para el ahora. Mi infancia fue muy corta. Me casé a los catorce años y la mayoría de mis recuerdos son del matrimonio. No sabes nada del mundo, ése es todo tu mundo. Escuchas que hay otro mundo... Pero solo está el olor de la hierbabuena que entra por la ventana y el conejo que comíamos en familia. La familia es muy importante allá. Todos comíamos juntos, no como ahora.

Antes de casarme no sabía nada del mundo, pero cuando me casé aprendí mucho, conocí el dinero. El matrimonio me hizo separarme de mi familia, sentirme sola. Únicamente le esperaba a él, a que viniera, para hacer lo que él quisiera. Aunque me sentía sola mi familia me decía que debía estar casada, que no me podía separar, porque en Marruecos no están bien vistas las mujeres separadas. Ahora ha cambiado la situación en mi país. Pero yo no fui feliz. Pienso que el matrimonio es aguantar y aguantar, dejas de hacer tu vida y pasas a tener en cuenta únicamente los deseos de tu marido. Cuando tuve a mis dos hijos no sabía qué hacer con ellos, era como si tuviera unos muñecos.

Todos mis recuerdos son muy malos hasta que llegué

a Canarias. Vine solo de vacaciones, pero me gustó. Arreglé los papeles para quedarme y así lo hice, con mis dos hijos. Cuando llegué aquí casi no salía, mantenía la misma vida, en casa con los niños. Mi marido no me dejaba ir sola ni al médico. Mi verdadera integración, cuando tuve contacto con la gente de aquí, fue cuando me separé. Las mayores críticas las recibí de gente de mi país, cuestionaban mi separación, me decían que yo lo que quería era ser como una europea. Después de separarme tuve que aprender a hacer una vida diferente, aunque temí que ya fuese demasiado mayor para aprender. Las cosas buenas siempre se acaban. Para mí, el mundo de cuando era pequeña (y feliz) se me olvidó. Pero el mundo de cuando fui infeliz lo tengo muy presente.

Cuando vine aquí encontré más libertad, las mujeres trabajan incluso de noche. Pero tampoco me gusta la otra cara de la libertad que es la falta de moral. Lo que me gusta de aquí es tener la libertad de elegir, de hacer lo que quieras sin pensar que te están juzgando. En Marruecos las mujeres tienen miedo de salir solas. Cuando llegué a España me preguntaban por qué teníamos tantos hijos en mi país. En su momento no supe qué contestar, no entendía su pregunta. Ahora sí la entiendo y veo que no hay futuro para nuestros hijos allá. Sin embargo, a veces también siento añoranza de mi tierra y del paso lento del tiempo. Disfruto cuando vuelvo a mi tierra, porque veo que las cosas antiguas se siguen manteniendo. Aquí no: ustedes quitan todo lo antiguo, no mantienen las tradiciones. Pero lo cierto es que ya me siento de aquí. Cuando voy de vacaciones a Marruecos me siento extraña, como si estuviera fuera de lugar. Me siento alejada de ellos y deseo volver a mi tierra (Canarias). No es que rechace mi lugar de origen, es simplemente que mi corazón

lo siente así. Cuando vuelvo en el avión y aterrizamos se me cae un peso, siento que estoy de vuelta en mi hogar. Me encanta la sensación de abrir la puerta con la llave y entrar en casa. Preparo café y me siento, disfrutando del aroma que deja en el aire.

Cuando llegué solo tenía pasaporte y me aconsejaron que pidiera la residencia para conseguir los mismos derechos que los españoles. Ahora veo que no es así, que si no trabajo me tengo que ir a mi tierra. La situación actual es muy difícil, el mundo ha cambiado. Veo que ahora la gente cada vez necesita más dinero. Yo me planteo que con una casa y una paga ya es más que suficiente. También pienso que cuando te sientes de una tierra tienes que formar parte de todo. Si hay que pasar hambre, la pasamos todos; eso significa para mí formar parte de un país.

En el futuro espero obtener la nacionalidad española y poder sentirme completamente de aquí. No seguir siendo una inmigrante para el resto de la gente. Cuando era niña me enseñaron solo a comportarme para convertirme en una buena esposa, pero no me prepararon para la vida, para desenvolverme autónomamente, sin miedo. Pero eso puede cambiar. Para mí somos nosotros lo que cambiamos, el mundo no cambia.

El Kebira Salah



VIII

Me encuentro en un lugar donde se escuchan cantos de pájaros; a veces también un motor de coche que pasa por la calle, pero no molesta. Este lugar está en Gran Canaria, una de las islas que pertenecen a España. Llevo cuatro años viviendo aquí y no me he arrepentido de haber dejado mi país -Italia- y mi ciudad -Roma-, y ni siquiera las echo de menos. Aquí me encuentro bien, sobre todo por el clima, que es muy agradable: ni inviernos fríos ni veranos demasiado calientes; poca lluvia, casi una eterna primavera. Puedo vivir sin el stress de la gran ciudad y con ventajas que en Italia no existían: me llevan la compra a casa; se puede cruzar la carretera con tranquilidad porque los coches respetan las cebras peatonales; la gente normalmente es gentil y amable; también los empleados de las oficinas públicas que, al menos por mi experiencia, te acogen con una sonrisa e intentan ayudarte.

Pero lo más importante es que aquí he tenido la posibilidad de cultivar mi pasión: hacer teatro. Ya he puesto en escena tres espectáculos. Y ha sido un reto, desde luego, sobre todo por el idioma; porque no resulta fácil dirigir una obra con actores que hablan otra lengua, a pesar de que italiano y castellano se parezcan bastante. A veces me pregunto de dónde surge esta pasión, y no sé si no me habré

equivocado eligiendo durante años una vida tan alejada del teatro. Recuerdo que cuando era pequeña, con once o doce años, puse en escena mi primer espectáculo; escrito y dirigido por mí e interpretado por mi hermana y una amiga. Creo que era el año 55, y yo vivía con mi familia en Roma. Nuestra casa estaba muy lejos del centro de la ciudad, y en aquella época todo a nuestro alrededor era campo verde, granjas y animales. Los niños estábamos encantados con esto. Bajo la casa había un horno de pan donde yo solía jugar por la tarde con mi hermana y su amiga. A esa hora el horno no se usaba, así que monté allí el teatro. Puse una cuerda de un lado a otro, colgué dos sábanas que hacían de telón y actuamos delante de nuestros familiares. El espectáculo era muy sencillo: canciones de la época, unos chistes y poemas escritos por mí. Uno aún lo recuerdo, decía:

*“Son la violetta
timida e perfetta
nasco ad april
sotto il sole gentil.
Son la prima a sbocciar
tutti gli altri fior
dormono ancor.” **

Pero no es nada fácil contar mi infancia. Recuerdo muchas cosas malas y muy pocas buenas, no sé por qué. Pienso que mis padres me querían, aunque probablemente no como yo hubiese deseado: eran personas frías que nunca manifestaban cariño. Sería demasiado largo hablar de todas mis desilusiones. Diré solo que he crecido en una familia donde mi padre estaba totalmente ausente y mi madre era

muy severa. Yo no la amaba y le tenía miedo. Nunca mantuve una buena relación con ella. Ahora no le tengo miedo y sigo sin quererla. De todas maneras, la infancia pasó. Y llegó la adolescencia.

La adolescencia fue otro momento crítico en mi vida: me veía fea, no estaba a gusto con mi vida; sentía mi casa como una prisión, no me permitían salir como y cuando yo quería; no sabía nada de sexo y las relaciones con los chicos eran bastante problemáticas. Estábamos en los sesenta y el sexo era tabú. La primera vez que besé a un chico en la boca -yo tenía catorce años- tuve miedo de quedarme embarazada... A los veinte años empecé a trabajar y un año después me casé. El matrimonio fracasó, aunque tuvimos un hijo. A los treinta y cinco me separé de mi marido. Mi hijo se quedó con él y para mí empezó una nueva vida. En Roma, en el lugar donde trabajaba, encontré a un hombre al que le gustaba lo mismo que a mí: viajar y hacer teatro.

Sé que parece bastante raro que una madre deje un hijo pequeño al padre, pero de no haberlo hecho no habría podido ni viajar como he viajado ni hacer teatro. Cuando me separé, mi hijo -se llama Alfonso- se quedó conmigo, pero mi marido, que no aceptaba la separación, comenzó a portarse muy mal: no respetaba las órdenes de los juzgados, hacía todo lo posible por obstaculizar mi vida, ponía a mi hijo en contra... Así que cuando Alfonso tenía seis años, harta y cansada de todo lo que estaba pasando, lo dejé con él. Pensé, además, que podría estar mejor con su padre ya que éste tenía una buena posición económica. Pero me equivoqué, porque mi marido era una persona muy egoísta y tacaña, y creo que mi hijo no pasó una infancia serena. Yo le veía regularmente y disfrutaba las vacaciones conmigo, a pesar de que el padre

no hacía otra cosa que hablarle mal de mí. Para que el lector pueda entender mejor esto, he de decir que yo no tengo un gran instinto materno. Mi hijo nació en un momento muy crítico de mi vida y, aunque pensé entonces que podría arreglar las cosas, en realidad la situación se precipitó y fui consciente de que yo no quería un hijo.

Mi viaje empieza realmente en 1986, cuando por primera vez visité un país fuera de Europa: Marruecos. Me impactó y me fascinó. Los olores, los colores, las palmeras, el sol, el azul del cielo, las dunas, la gente... Todo era diferente de aquel al que estaba acostumbrada. Me gustó tanto que no quería regresar a Italia. Gran Canaria, con su pequeño Sahara -las dunas de Maspalomas-, sus montañas y sus colores me recuerda a Marruecos. De hecho, geográficamente, las islas canarias pertenecen a África. Desde entonces, cada año -en ocasiones un par de veces al año- con mi pareja planeábamos un viaje al extranjero; siempre a países de clima agradable, tropicales o subtropicales, porque a ambos nos gusta el calor. Con él he recorrido medio mundo: India, Tailandia, Sri Lanka, Vietnam, Camboya, Nepal, Venezuela, Ecuador, USA, Australia... Australia nos gustó tanto que barajamos la posibilidad de quedarnos allí. Para entonces ya estábamos jubilados y buscábamos un lugar cálido donde pasar los inviernos. Pero es un país de habla inglesa y ni yo ni mi pareja hablamos inglés; aprenderlo a nuestra edad no habría sido fácil; trasladarse allí habría significado no integrarse ya que el idioma es fundamental para la integración.

Un día una amiga me comentó que otra antigua compañera de trabajo se había mudado a Gran Canaria y que se encontraba muy a gusto. Así que me dije: “vamos a visitar Canarias”. Estuve en Tenerife, Lanzarote, Fuerteventura y

Gran Canaria, donde vive esta conocida. Al año siguiente volví y alquilé un piso durante dos meses. Luego lo alquilé durante cuatro, después fueron seis meses los que pasé en la isla, y al final, en 2009, decidí que éste era el lugar ideal para vivir. Ya había frecuentado en Italia un curso de español que me permitió establecerme aquí con cierto conocimiento del idioma. Luego me apunté a la Escuela Oficial de Idiomas del Tablero. Pero lo que más me ha ayudado a aprender el idioma ha sido el teatro; y los actores, que han tenido mucha paciencia conmigo. Ahora tengo amigos canarios con los cuales salimos a tomar algo y a charlar. Y entiendo casi todo lo que dicen. Hablarlo y, sobre todo, escribirlo es un poco más complicado porque mi vocabulario no es muy amplio. Pero, bueno, puede que dentro de algunos años llegue a hablar casi como ellos.

Claro que sería más fácil frecuentar a los italianos que viven aquí -son bastantes, no pensé que fuesen tantos-, pero no me gusta vivir en un país extranjero y cerrarme en el gueto de mis connacionales, como hacen algunos que conozco. Vine aquí para vivir y pienso que no se puede prescindir de la integración. Si no hubiese sido a través del teatro habría buscado otra forma de integrarme. Yo, como cualquiera, no sé cuánto voy a vivir, pero espero poder seguir vinculada al teatro durante el tiempo que me reste. Los directores de cine o de teatro nunca se jubilan. Ya tengo un nuevo proyecto para este mes de noviembre, que espero salga bien y que tenga tanto éxito como lo han tenido otras obras.

Mi relación con Alfonso es bastante buena, lo quiero y él también a mí. Vivir con su padre no ha sido saludable, no le ha ayudado a desarrollar su personalidad, pero afortunadamente es un buen chico. Tiene sus problemas,

claro, pero ¿quién no los tiene? Mi hijo tiene ahora treinta y ocho años, un trabajo que no le gusta pero que es seguro y cobra bien. Cuando no trabajaba venía a menudo a visitarme aquí, a Canarias, y se quedaba uno o dos meses. Ahora no puede quedarse tanto, aunque sigue viniendo una vez al año. Le gusta estar aquí y pienso que también le gusta pasar un ratito conmigo. Yo estoy muy contenta de estar con él y no tendría problema en acogerlo aquí si él lo necesitase.

Clelia Modica

** soy la violeta/tímida y perfecta/nazco en abril/bajo un sol gentil./Soy la primera en brotar/todas las otras flores/aún dormidas están.*



IX

Nací en el Hospital Militar San Martín, en Las Palmas de Gran Canaria (mi padre hacía el servicio militar en ese momento). Soy la segunda de cuatro hermanos (tres hembras y un varón). Mis primeros años de vida los pasé entre la casa de la abuela, en la Orilla Baja de Sardina del Sur y las cuarterías de la Degollada de la Yegua y Matorral en tiempos de la zafra. Mi padre, Miguel Verde Torres fue pocero, aparcerero, peón y con el boom del turismo llegó a ser albañil. (Estudió albañilería por correspondencia en CEAC y apenas sabía leer y escribir). Mi madre, Pino Ojeda Perdomo, fue aparcerera, comerciante, costurera y con el boom del turismo camarera de piso. Los recuerdos que tengo de ella hacen referencia a que fue una mujer muy adelantada a su tiempo. Por ejemplo, se ponía pantalones (eso estaba mal visto) y conducía (recuerdo que cuando estaba sacando el carnet de conducir yo la acompañaba durante las prácticas de coche pues también estaba mal visto que una mujer fuese sola en un coche con un hombre).

Me educaron en la religión católica. A los cinco años hice la primera comunión. Iba a misa con mis padres y en casa se rezaba el rosario con cierta frecuencia. Tenía seis años cuando fui por primera vez al colegio del Doctoral, un aula unitaria de niñas. Llevé conmigo una libreta, el libro

del primer amiguito, lápiz, goma y un banco que me hizo mi abuelo, puesto que en el colegio no había sillas suficientes para todos. Los pequeños nos sentábamos en un rincón, en banquitos, y los grandes alrededor de las mesas en sus respectivas sillas. Al entrar al cole y al salir rezábamos y también antes de empezar a comer en el comedor del colegio. La primera vez que vi una televisión fue en el colegio. Veíamos los documentales de Félix Rodríguez de la Fuente, el primer viaje del hombre a la luna...

El recuerdo de mi infancia está marcado por la escasez. Cuando se recogía la cosecha para el mercado yo acompañaba a mi madre a buscar restos que no querían en el mercado (por su tamaño, aspecto...) y los almacenábamos en casa para consumirlos nosotros. Los domingos eran días especiales. Por la mañana íbamos a Casa Pastores a ver a la abuela María y por las tardes al cine. Esto fue así hasta el año 1968, cuando murió la abuela María; a partir de entonces las visitas a la casa del abuelo se fueron espaciando hasta que se perdió la costumbre. Yo jugaba a las casillitas con juguetes que no eran juguetes (cajas de fósforos, tapones de botellas, trozos de platos rotos, piedras que hacían las veces de muñecas...) y también trabajaba (cogía hierba para las cabras, abrigaba los tomateros con un sachito pequeñito...). Los primeros juguetes de verdad que recuerdo me los trajeron los Reyes a los seis o siete años: una muñeca negra de plástico, unas bombonas de gas color naranja y unos calderitos (lo de la muñeca negra sería porque le pedíamos a mi madre con frecuencia que nos trajera una hermanita negra).

Cuando yo tenía trece años mi madre enfermó, peregrinó de hospital en hospital hasta que finalmente le diagnosticaron lo que todos temían, un cáncer de hueso.

Después de una larga enfermedad falleció un 28 de septiembre de 1975, a la edad de treinta y siete años (por azares de la vida murió el día del cumpleaños de mi padre). Mi hermana mayor tenía diecisiete años, yo quince, mi hermano tenía nueve y la pequeña seis añitos. Indudablemente, este hecho ha marcado toda mi existencia y la de mi familia. Mi hermana y yo pasamos de vivir sin ninguna responsabilidad especial a tener que administrar la casa, cocinar, limpiar, cuidar a nuestros hermanos, llevarlos al colegio, atenderlos si enfermaban, etc. A los dieciséis años dejé el instituto y me fui a trabajar; primero a los tomateros y más tarde de dependienta en un bazar en el Sur. Se me hizo muy difícil combinar estudios y tareas de cuidar y educar a dos hermanos pequeños, así como lidiar con un padre que pasó de tener que preocuparse solo de traer el sustento a la casa a tener bajo su responsabilidad a cuatro hijos, las dos mayores, prácticamente adolescentes. Los primeros años posteriores al fallecimiento de mi madre fueron muy duros y marcados por continuos enfrentamientos con mi padre y su carácter machista.

A los diecinueve años conocí a Boumediem, mi marido. Él era el encargado del bazar donde trabajábamos, surgió la chispa y a los tres meses decidimos casarnos. Al principio nos enfrentamos al dilema sobre cómo afrontar nuestra vida en común, pues él era musulmán y yo cristiana. Llegamos al acuerdo de casarnos bajo el rito cristiano y educar a nuestros hijos en la fe cristiana, puesto que nos íbamos a instalar en la casa de mi padre (él no hubiese aceptado que conviviéramos en el mismo techo sin haber pasado por la iglesia). Transcurrieron los años y tuvimos cuatro hijas (Farida, Carima, Ikram y Samira). Durante esa época tuve que combinar la crianza de las hijas y de mis hermanos

pequeños con el trabajo. Trabajé en lo que me salía: los tomateros, de camarera de piso, en los pimientos... Cuando trabajaba, tanto mi abuela y mi tía como mis hermanos, que ya estaban granditos, me ayudaron en el cuidado de las niñas (el apoyo familiar fue muy importante en esos momentos de mi vida).

Al cumplir mi hija mayor los diez años quise sacarle el DNI. Entonces descubrí que no tenía nacionalidad española, a pesar de que su madre es española y también su hermana, nacida solo un año después. Estaba aún en vigor una ley en que la nacionalidad de los hijos era la del padre, por ser el cabeza de familia. En un principio me negué a aceptar ese hecho absurdo y la rabia me hizo pasar de todo y dejar la situación como estaba. Pero cuando mi hija terminó la EGB y fue obligatorio presentar su DNI o Permiso de Residencia, entonces empezó mi calvario... A partir de ahí viví en mis carnes la difícil burocracia. Recuerdo, sobre todo, que los trámites con el Consulado de Marruecos fueron mortales (traiga estos papeles, traiga testigos, venga dentro de quince días, hoy es viernes y es día de rezo y no trabajamos. Venga usted mañana... Y mañana te decían que faltaba otro papel...). La verdad es que no exagero: todavía me cabreo al recordar esos incidentes surgidos por estar casada con un inmigrante de origen árabe. En otra ocasión una de mis hijas llegó de la calle llorando porque se había peleado con una amiga. El motivo fue que la amiga la había insultado llamándola “marroquina” (ella tenía diez u once años). Intenté reflexionar con ella sobre el tema y me sentí fatal, pues advertí que algo había fallado. Este hecho me hizo comprender que mi hija no tenía bien asumida una parte de su identidad. Tuve que ponerme a trabajar esa parte con ellas. Hicimos un viaje todos juntos por

Marruecos y se apuntaron a clases de danzas árabes.

Llegó un momento en que tenía mi propia casa en San Fernando, cuatro hijas que iban al colegio, pero sin embargo me sentía muy frustrada profesionalmente. Fue entonces cuando empecé a hacer cursos de Radio ECCA, a involucrarme en el APA del colegio, a colaborar con labores de voluntariado en el barrio... En los años ochenta empezaron a ponerse de moda las Escuelas Infantiles y vi en ellas una posibilidad laboral. Hice un curso de Puericultura y me inscribí en el INEM, a la vez que continué con el proceso de formación. Mientras estaba realizando un curso de Educadora de Escuelas Infantiles (el curso era por las tardes y mi hermano me cuidaba las niñas) recibí una llamada del INEM para una entrevista de trabajo en el Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana. Aquí empezó una nueva etapa de mi vida, tanto profesional como personalmente, pues la cambió de forma radical: nuevos compañeros de trabajo, otras amistades, un proceso de formación relacionado con mi profesión... Fue una etapa marcada por fuertes emociones (felicitaciones de tu familia, un padre que presumía de que su hija trabajaba en el Ayuntamiento...), pero también llena de miedos; de no estar a la altura, de hablar en público...

Actualmente, después de un proceso de formación y de superar unas oposiciones, trabajo como animadora socio cultural en el Ayuntamiento de San Bartolomé de Tirajana. A lo largo de todo este trayecto mis hermanos crecieron y han proyectado su vida tanto personal como laboralmente (Adán, mi hermano, ha seguido mis pasos y es en la actualidad animador socio cultural y mi compañero laboral). Mis hijas crecieron. Farida estudió y trabaja de fisioterapeuta. Carima ejerce de trabajadora social. Ikram estudió Dirección Hotelera,

y Samira TASOC (Técnico en Animación Socio Cultural). Una vez que ellas ya tuvieron sus vidas resueltas yo me planteé, con cuarenta y siete años, la posibilidad de realizar el acceso a la Universidad para mayores de veinticinco. Lo hice y me matriculé en la Diplomatura de Trabajo Social. Allí cursé la carrera conjuntamente con mi segunda hija. Esta vez mi hija iba un curso más adelantada que yo, me dejaba los apuntes y nos apoyábamos mutuamente. Fueron tres años duros, pues combiné los estudios presenciales con el trabajo.

A todo esto hay que decir que mi marido ha tenido un papel fundamental en toda mi evolución, pues él asumía los roles muchas veces asignados a la mujer (cocinar, limpiar, hacer la compra...). Puedo afirmar que a lo largo de nuestros años de convivencia hemos encontrado el equilibrio, renunciando muchas veces a esquemas culturales que nos limitaban y castraban y que solo generaban conflictos. En la actualidad podemos tener jamón york en la nevera, a pesar de que él no lo come (hasta hace pocos años estaba prohibido tenerlo en casa). Hace poco hablé con mi marido acerca de la muerte y le pregunté (en caso de que él muriera antes que yo) si deseaba que llevase su cuerpo a Marruecos. En Canarias no hay cementerio musulmán, la mayoría de los musulmanes que mueren aquí son trasladados a su país de origen. Me dijo que cuando eso ocurriera prefería ser enterrado aquí, pues aquí estaban sus hijas y por lo tanto su familia. En ese momento sentí que Boumedién, sus hijas y yo nos sentíamos plenamente integrados en esta tierra. Y así creo que es en general la integración de los inmigrantes en el Municipio de San Bartolomé de Tirajana.

San Bartolomé es un municipio multicultural y cada cultura vive en torno a sus grupos e intereses. La población

árabe presenta muchas más dificultades a la hora de integrarse debido a su cultura, a sus costumbres y a su religión. En el municipio existen bastantes asociaciones de origen árabe (“Asociación de Mujeres Árabes y del Magreb por la Convivencia”, “Itakua”, “El Néctar Sellado”, “Asociación Cultural Casa Canario Marroquí”, “Isthri Canarias”). Todas realizan actividades, aunque entre ellas impera la rivalidad, y en general se percibe un doble discurso. Hablan de la igualdad de la mujer, pero cuando organizan una charla las mujeres tienen que sentarse por un lado y los hombres por otro. Yo soy actualmente la vicepresidenta de la Asociación Cultural Casa Canario Marroquí y doy fe de las incongruencias y del doble lenguaje. También colaboro con la asociación de Ayuda al Pueblo Saharaui, he visitado dos veces los campos de refugiados de Tinduf y coordino en San Bartolomé la acogida de niños saharauis en familia. Sin embargo, no le dedico todo el tiempo que quisiera. En un futuro, cuando tenga más tiempo libre, me gustaría viajar más y dedicar más tiempo a proyectos sociales y de ayuda al desarrollo. En la actualidad, mi hija Samira (la niña que lloraba porque la llamaron marroquina) sueña con tener una casa en Marrakech y se gana un dinerillo trabajando en un espectáculo de danzas árabes por los hoteles e impartiendo algunos talleres de dicha danza.

Eva Verde Ojeda



X

Mi nombre es Nadia Obadalová y estoy sentada en una pequeña cafetería, cerca de la iglesia. Suelo venir aquí porque es un lugar tranquilo, y me gusta ver pasar a la gente. Soy una mujer de la República Checa. Allí nací y pasé una infancia muy hermosa. Soy la mayor de mis hermanos: tengo dos hermanos varones y una hermana pequeña. Mi familia es una familia sencilla, sin mucho dinero, pero con lo necesario para vivir. Desde niña aprendí a ayudar a mi madre en todas las labores de la casa. Teníamos un pequeño jardín, algunos conejos y gallinas. Mi padre bebía mucho alcohol, era agresivo y nos pegaba. Ya de niña me gustaba pintar. Lo hice durante todos mis años en la escuela y he seguido pintando toda mi vida. Cuando tenía vacaciones en la escuela me quedaba con mi abuela. Ella vivía en la montaña. Tenía una pequeña casita, como una finca. Era muy amable y modesta, con ella me sentía muy feliz.

Cuando cumplí doce años nació mi hermana. Como mi madre debía trabajar diariamente y pasaba muchas horas fuera de casa, yo cuidé a mi hermana y a mi hermano como una madre. Lo hice así durante varios años. Mi padre no solía estar en casa, prefería quedarse en bares con los amigos. Toda mi infancia la viví en el sistema leonista, por eso no aprendimos la lengua inglesa sino solo la rusa. Tampoco

pagábamos al médico cuando estábamos enfermos. Teníamos todo gratis, pero no teníamos libertad. Ni siquiera podíamos viajar. Así viví hasta los diecisiete años de edad.

Cuando cumplí esa edad empecé a trabajar en una fábrica textil, como tejedora. Un año después comencé a estudiar en una escuela industrial también de la rama textil. La escuela estaba lejos, a trescientos kilómetros de distancia. Así que cada semana acudía en tren a la escuela y me quedaba a vivir sola en una residencia de la fábrica. Allí trabajaba y disfrutaba de la tranquilidad necesaria para estudiar. Cuando cumplí los veintitrés, ya con mi título, comencé a trabajar como diseñadora. A esa edad celebré también mi boda. Me fui con mi marido a vivir a casa de sus padres. Allí tuvimos dos hijas.

Cuando mi segunda hija tenía cuatro meses empezamos a construir nuestra casa. Esos tres años siguientes fueron muy duros. Al poco de terminar la casa y de mudarnos allí, mi marido se fue con otra mujer y me dejó sola con las dos niñas pequeñas. Como él se marchó a vivir a otra ciudad, vendimos nuestra casa y me trasladé a un pequeño piso con mis niñas. Durante veinte años mi marido no ha mostrado ningún interés en verlas, ni me ayuda nada. Mi madre sí me ha apoyado mucho.

En el año 1989 estalla la revolución en mi país y se produce un gran cambio en el sistema político. Se cierran todas las fábricas y la gente se queda sin trabajo. Todo empeora. Empecé entonces a dedicarme al ámbito de la publicidad, haciendo dibujos para empresas, y hasta creé mi propia empresa. Mis hijas tenían catorce y quince años. Aquella etapa fue muy penosa para mí; muchas veces apenas comía, porque cada vez había menos trabajo. Pero también

aprendí muchas cosas: a pintar cuadros y murales; a pintar sobre seda, vestidos...

Siempre he tenido la ilusión de caminar hacia delante, de pensar a dónde ir; de buscar el mejor lugar para poder vivir. Cuando mis hijas se hicieron mayores y emprendieron sus propias vidas vendí mi piso, compré uno más pequeño y me marché. Tuve suerte porque conocía a una amiga checa que vivía en Gran Canaria. Ella me invitó a su bungalow y acepté. Gran Canaria me gustó mucho. Al principio no entendía ninguna palabra, no conocía a nadie... Pasa siempre. Pero tuve suerte y me dediqué a pintar retratos para la gente, alquilé un apartamento y estuve bien. Pero después empecé a tener menos y menos trabajo y ya no podía pagar el alquiler.

Por esta razón cambié de apartamento y me fui a vivir con un hombre que es paisano mío. Él tenía una casa grande y decía que me quería mucho, que podíamos vivir juntos y hasta me cedió un pequeño dormitorio. Pero cuando empezamos a vivir juntos descubrí que continuamente tenía en casa la visita de amigos. Cada noche bebía mucho alcohol y se emborrachaba. Se volvía agresivo y déspota. Gritaba sin ninguna razón, amenazaba con matarme con un cuchillo y otras cosas muy desagradables. Vivimos juntos solo seis meses, hasta que un día cambió la cerradura y me dejó en la calle sin nada. Necesité llamar a la justicia.

Durante dos semanas he dormido en la iglesia evangélica, donde el pastor y otra mucha gente tratan ahora de ayudarme.

Nadia Obadalová



XI

Me llamo Suzy, tengo treinta y ocho años y soy de Río de Janeiro (Brasil). Viví en un barrio muy peligroso y al mismo tiempo muy bonito, con personas educadas y nobles. Nací en Ciudad de Dios. Éramos ocho hermanos, pero nunca me faltó la comida, la educación y la felicidad de despertar junto a mi familia. Gracias a Dios siempre estuvimos muy unidos y mi madre nos inculcó el amor y el respeto al prójimo. Ya a los diecisiete quedé embarazada de mi hijo (que hoy tiene diecinueve), así que me casé con su padre y todo cambió para mí. Era una niña con un niño. Tuve que trabajar y estudiar; cuidar la casa, a mi marido y a mi hijo Gabriel. La madurez llegó para mí antes de tiempo, porque tuve que afrontarlo sola: mi madre no me ayudó con el niño, y el padre de mi hijo era joven y no quiso hacerse cargo. Decidí luchar y sacar adelante un problema que creí solo mío.

Mi padre era un viajero. Venía a casa cada dos años, dejaba embarazada a mi madre y desaparecía. A sus tres últimas hijas -que supuestamente éramos más blanquitas- no nos dio su nombre. Y las tres vivimos ahora en Gran Canaria. Mi madre es el tipo de mujer que tiene un hombre para toda la vida, por eso lo aceptaba siempre que venía. Al principio vivíamos en una casa pequeña, como un bungalow, pero mi madre trabajó duramente y ahorró para comprar dos casitas

más adosadas a la nuestra: aquello parecía un tren. Dentro de casa había un árbol, hormigas en medio del salón y muchas hojas caídas al cruzar las habitaciones. Y cuando llovía entraba agua por el hueco del tejado, hecho para el árbol. Para nosotros era muy divertido ver llover dentro de casa.

Cuando Gabriel cumplió un año fui a trabajar a la casa de un editor muy conocido en Brasil. Su mujer era escultora y yo la ayudaba a preparar las piezas de yeso. En esta casa me trataron como a una más de la familia. Me enseñaron muchas cosas buenas (en cuanto a modales, a educación, a soñar alto, sin barreras ni obstáculos) y a ver el otro lado de la vida. Hasta entonces yo solo había conocido el lado pobre y feliz. Pasé a conocer también el lado rico y más agobiado, ya que ellos vivían pendientes de las cuentas, de los empleados, de la salud. Nosotros no nos preocupábamos tanto por la salud. También tenían miedo de la violencia, de los robos... Eso era para nosotros tan normal que no lo vivíamos como algo extraordinario. Con tantos negocios les costaba disfrutar de la vida, estaban preocupados en hacer dinero.

Estos empresarios vivían en un barrio noble de Brasil, frente al mar y su casa tenía unas vistas preciosas. Yo trabajaba en la segunda planta y acostumbraba a llevar conmigo a mi hijo, que se quedaba jugando a mi lado mientras yo cumplía mis tareas. Un día, en un momento en que me despisté -él tenía apenas tres años- bajó al piso donde estaba el editor y le dijo: Señor Armando, ¿me podrías dar un trabajo? Él se extrañó de aquella petición, así que le preguntó para qué quería un trabajo, a lo que mi hijo respondió: yo quiero trabajar para comprar carne picada. El editor le vio tan serio que siguió escuchando. Mi hijo -que apenas sabía hablar- le explicó que su madre no le daba carne picada en los

macarrones. Y él quería trabajar para comprar carne picada para ponerla en la pasta. Entonces me subieron el sueldo con la obligación de comprarle carne picada al niño. Mi hijo estaba feliz.

Cuando me separé de mi marido pensé que nadie más se fijaría en mí, pensé que estaba condenada con un hijo y con mis problemas. Sin embargo, al cabo de dos años conocí a un chico que trataba con mucho cariño a Gabriel. Hablábamos en el parque, por la calle cuando me veía pasear con mi hijo... Me pidió salir y yo le dije que sí. Mi madre me dijo que si él quería estar conmigo también debería aceptar a Gabriel. Así lo hizo. Estuvimos de novios tres o cuatro años, construimos nuestra casa, trabajábamos y criamos a mi hijo. Me quedé embarazada por segunda vez. Yo estaba feliz y al mismo tiempo sentí cierta vergüenza por tener un hijo con otro hombre. Mi segundo marido era escolta de seguridad, y su hermana era empresaria en el mundo de los espectáculos en Madrid. Ella vino a Brasil para conocerme y traer algunos regalos al futuro bebé. Recuerdo que mi madre preparó un almuerzo para recibirla. En casa conoció a mi hermana Nara, dos años menor que yo. Nara tenía un pelo muy largo y era blanquita de piel y delgada como una paloma mojada. Cuando mi cuñada la vio le encantó su estilo y la invitó a trabajar en Madrid. Mi madre dijo que solo la dejaría salir con contrato, papeles y un sueldo seguro. Y así fue. Nara se vino a España y yo me quedé en Brasil embarazada de Lucas, que nació en junio de 1999.

Para entonces mi hermana ya vivía en Gran Canaria, trabajando en algunos hoteles de la empresa y haciendo shows por toda la isla. Yo, para no seguir los pasos de mi madre y tener más hijos, me ligué las trompas. Estaba feliz

en mi casa con mi marido y mis dos hijos. Hasta que llegó el mes de noviembre. Entonces mi niño empezó a vomitar sin razón aparente y lo llevé al hospital. Tenía seis meses, aunque parecía mayor porque era muy grande. Al cabo de varias horas ingresado uno de los médicos me llevó a una salita y me dijo que lo habían intentado todo, pero que no lo habían conseguido. Yo tardé en entenderle. “¿El qué?”, le pregunté. Me contestó que el bebé había muerto. Yo me volví loca, grité, lloré... Los policías me sujetaban mientras yo gritaba desesperadamente que me devolviesen al niño que les había entregado con vida. Llamé a mi marido, a mi jefa, a mi cuñada... Vino tanta gente de mi familia que tuvieron que cerrar el hospital. A mí me sedaron con medicinas fuertes y cada tres horas de mis tetas salía la leche sola, en los momentos en que el bebé mamaba. Me quedé dopada, sin vida, sin ganas, sin amor; triste y perdida durante mucho tiempo. Lo pasé tan mal que no se lo deseo a nadie en la vida. Pasaron dos años y me separé de mi marido porque no podía más. La casa me traía demasiados recuerdos y yo estaba muy amargada. Mi hermana me sugirió ir a Las Palmas con ella a pasar un tiempo y a intentar olvidar mi tragedia. Así lo hice. En 2002 vine, dejando a Gabriel con mi madre.

Cuando llegué no hablaba el idioma, no había visto españoles, ni europeos. La única lengua que conocía era el portugués. La moneda oficial empezaba a ser el euro y para mí todo era diferente en comparación con mi país de origen. Pesaba cincuenta y tres kilos, pero mis paisanos decían que estaba gorda; y que no podría empezar con el show hasta que no llegase a cuarenta y ocho o cincuenta kilos, como el resto de las chicas del grupo. Me sentí incómoda, pero entendí que la imagen era lo que valía en este trabajo. Los primeros

tres meses estuve haciendo la manicura y la pedicura a las chicas. Cuando por fin llegó el día del estreno sentí mucha vergüenza bailando en el escenario delante de la gente. No tenía dónde esconderme. Mi ropa de la samba era bonita pero yo me sentía una payasa con tanto maquillaje y tantas purpurinas. Mi hermana se reía mucho y me dijo que ya me acostumbraría. Y poco a poco me fui acostumbrando. Durante ese primer año apenas me mezclé con españoles, solo trataba con brasileños. Mi hermana me decía que yo no necesitaba hablar español, que lo importante era aprender a manejar el dinero para comprar y dar cambio. Yo solo tenía claro que en un año volvería a mi casa.

Pero pasaron los meses y fui yo la que convenció a mi hermana de que trajese a sus dos hijos, a los que había dejado en Brasil. Y así lo hizo. Empezaron el colegio aquí, con cuatro y cinco años, y enseguida aprendieron a hablar español. Mi hermana me sugirió entonces que fuese a Brasil a renovar mis papeles y a traer a mi hijo, pero yo no estaba segura porque no me gustaba el racismo que veía aquí. Muchas veces los taxis no paraban, la gente me llamaba negra (en Brasil me habían llamado morena, canela, parda, pero nunca negra). Muchas veces entraba en locales públicos y la gente se quedaba mirando exageradamente. Hoy me sigue pasando, aunque menos que antes. Hasta entonces yo desconocía que hubiese distinción de raza o color: marroquí, africanos, americanos, europeos... Para mí eran todos iguales. Ya con el tiempo fui aprendiendo que no. Allí en Brasil ponen una alfombra roja a los africanos lo mismo que a los europeos; porque todos son extranjeros.

Llegó el día de regresar a Brasil. Compré un billete para estar allí tres meses, con la idea de volver a Gran Canaria

pero sin estar segura de lo que iba a pasar. Al reencontrarme con mi hijo creí morir y resucitar en aquel momento. Lloré como una loca, me sentí tremendamente feliz por poder estar horas con él y, al mismo tiempo, sentí también vergüenza por haberle dejado durante un año. Fue una sensación inexplicable. Llevé muchos regalos para todos, y dinero. Vi a todos felices con mi llegada, aunque también noté una mirada de desconfianza: por mi manera de hablar, algunos hábitos que cogí aquí... Mucha gente me preguntaba cosas, sobre el país, las costumbres... Y con frecuencia me preguntaban si yo era puta. Yo contestaba que no, que ni siquiera había conocido a ninguna. Para mí las putas eran las chicas que se quedaban en la calle haciendo “stop”; vestidas raras, casi desnudas, como se veía en la tele. En realidad yo no había visto eso. Aun así, con cariño y con humor, contestaba que no con naturalidad.

Durante el año en Gran Canaria yo no había estado con ningún chico, pues todavía quería al padre de mi hijo que murió. Y quisimos reencontrarnos. Fue al estar juntos de nuevo cuando percibí que no le quería. Todo el amor que yo creía sentir por él era fruto de mi imaginación. Entonces me di cuenta de que mi corazón estaba vacío para el amor. Permanecí en Brasil casi ocho meses, a pesar de que mi hermana me llamaba con insistencia desde Gran Canaria para que regresara. Mientras yo me decidía mi otra hermana, Silvana, fue para allá; y al final también regresé yo, con mi hijo y con mi sobrina Alana. Nos reunimos en Playa del Inglés siete personas: mis dos hermanas, dos sobrinos, mi sobrina, mi hijo y yo. Al principio todo fue maravilloso, todo lo que un extranjero soñaba: estar fuera de su país, pero con su familia. Luego comenzó el racismo en la escuela.

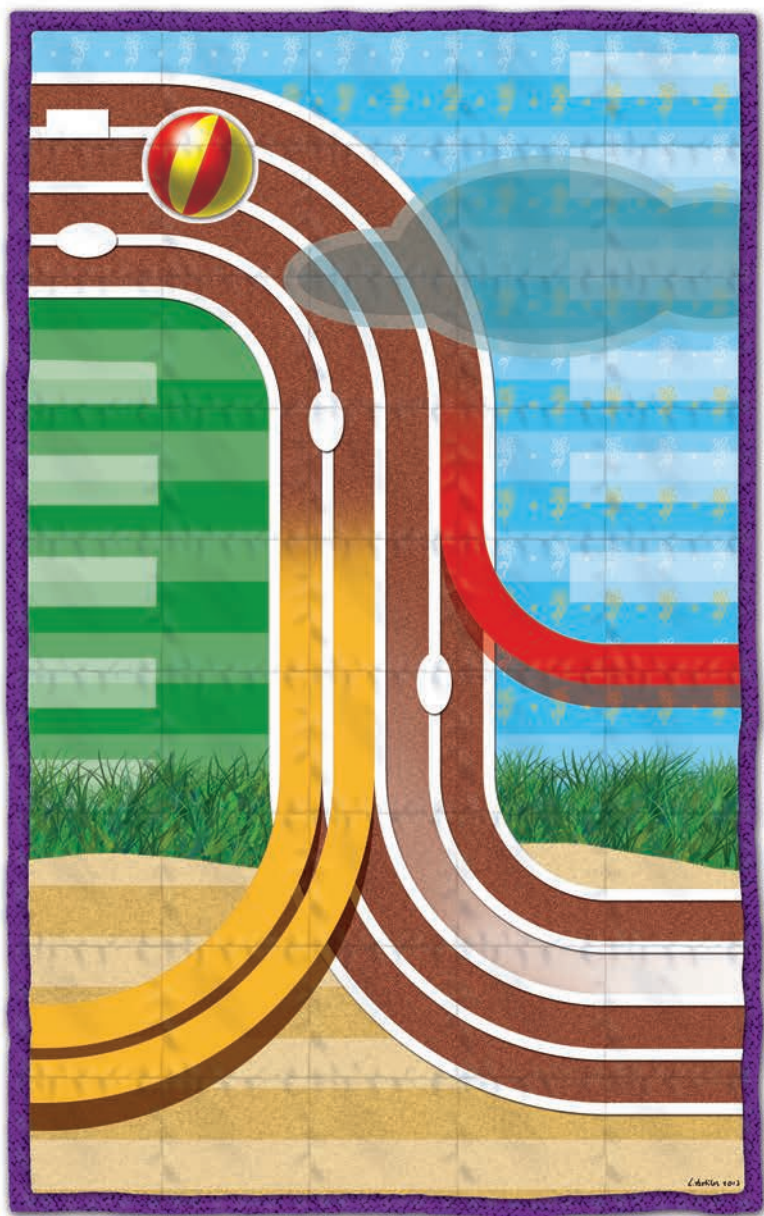
Mi hijo y mis sobrinos eran los únicos negritos de allí y los insultaban. Como Gabriel era el mayor de los primos los defendía. Si les insultaban, él insultaba; si les pegaban, también él pegaba. Mi hijo aprendió a defenderse como los demás. Se volvió gamberro y agresivo y se mezcló con los más desfavorecidos. Se dedicó a defender a los chinos, a los moros y a los africanos.

Yo había dejado de bailar y empecé a trabajar de día en un restaurante. Me daba vergüenza seguir trabajando en la noche, con los niños aquí y la gente señalando. Me incomodaba aquella situación aun sabiendo que no estaba haciendo nada malo. Pasé de estar con un contrato de trabajo (en el show lo tenía) a trabajar sin él. Pero me dio igual, porque lo importante era ganar un sueldo para mantenernos. El cambio de la noche al día me hizo conocer más a la gente de la tierra; a personas humildes y trabajadoras; y a gente de otros países. Y como soy habladora fui haciendo amistades por donde pasaba. La relación con mi familia siguió bien y los niños continuaron sus estudios, salvo mi hijo. Él no se adaptó a la vida de un niño normal, no quiso estudiar ni hacer otros cursos. Sólo quiere vivir a su aire y estar con sus amigos de aquí.

Hoy en día las cosas están tan complicadas económicamente que no veo una luz al final del túnel. Desde hace cinco años trabajo en un centro de estética, y procuro perfeccionarme y ser muy buena en lo que hago. Sin embargo, muchas de las personas que veo y con las que trabajo, y gran parte del entorno, me quitan las ganas de seguir luchando por algo que me parece imposible. Tener planes y sueños es algo que todos tenemos, pero en la realidad que vivimos hoy es casi imposible planear o soñar. Creo que con la falta de

trabajo, de dinero y esperanza todo lo que puedo desear ahora mismo es tener salud, estar bien conmigo misma y ser feliz en los momentos que comparto con mi familia; disfrutar de la naturaleza, charlar con personas sabias y vivir cada instante sin planear mucho. Porque cuanto más planeamos sin llegar a nada, más frustración obtenemos. Pero tengo fe en Dios y le pido para que no me falte la salud ni la sonrisa en mis labios.

Suze Cunha



XII

Nací en Amsterdam, en 1950, acompañada de la voz de Billy Holiday. En mi casa era muy importante la música. Mi abuelo paterno fue cantante y escribía música. Mi padre tocaba el piano y dirigió varias orquestas de jazz (pero lo hacía como aficionado, porque en su vida laboral era ingeniero). Crecí en una familia feliz, con dos hermanos más. Recuerdo que los fines de semana mis padres nos llevaban al campo para jugar a la pelota, al tenis, para correr... Y después hacíamos un picnic en la hierba, que olía fresca y estaba llena de margaritas y flores amarillas. En agosto el campo se cubría de flores azules. A veces también nos llevaban a grandes parques donde había de todo: columpios, toboganes, barquitos para remar... Hasta los diez años jugué en la calle, porque en aquellos tiempos no había tráfico. Me gustaba ir al colegio, sacaba buenas notas, me gustaba leer y aprender idiomas. Crecí con mi hermana y mi hermano en un barrio tranquilo, con pocos coches y mucho terreno verde; con arroyos, árboles y pequeños parques. Siempre me gustó el deporte; la gimnasia, el tenis, el atletismo, el remo, el hockey sobre hierba... Íbamos al colegio en bicicleta.

Ya de adolescente cambié y comencé a fumar. En el colegio empecé a ir mal, a mostrar menos interés por las clases y más por los chicos. A partir de los diecinueve me dejé

llevar por las drogas, sobre todo los fines de semana (hachís, speed; más tarde también probé la coca y la heroína). Estuve perdida, y aún no sé la causa que me llevó a este modo de vida. Solo sé que empecé a probar y que frecuenté amistades de este tipo. Me seguía gustando la música, hacía cursos de percusión. Me compré una batería y toqué con algunos grupos de jazz que me invitaban a ensayar con ellos. Un día, en el que casi me muero mezclando toda clase de drogas, me dije que no podía seguir así. Viendo, además, cómo se morían amigos y amigas en los baños de las discotecas.

En una ocasión, en 1974, decidí ir de vacaciones con un amigo con quien cantaba y tocaba en un grupo. Fuimos a Gran Canaria (a Mogán) donde acudía gente conocida a escribir o a filmar películas. Allí encontramos la paz; un clima templado, sin frío; una vida tranquila, sin prisas. Veíamos amanecer y atardecer junto a los pescadores. El puerto de Mogán era un regalo. Al año siguiente conocí en Amsterdam a una chica canaria que me invitó a un camping en Guanarteme. Llevé mi guitarra y la percusión. Y allí cambió mi vida. Me enamoré del bajista de un grupo que tocaba en un hotel cercano al camping. Tocaba bossa nova y algunas canciones de moda. Él venía de Uruguay, donde las cosas laborales estaban mal. Aquí había encontrado trabajo en un grupo. Fui feliz, dejé las drogas, el tabaco y me quedé para siempre aquí. Me casé con él, fue mi marido durante veintisiete años y el padre de mis hijos.

Encontré una vida sana y enamorada; y enamorada también de este paraíso que es Gran Canaria. La gente que conocí aquí era abierta, te invitaban a comer en sus casas (cosa que en Holanda es impensable; allí la gente es más fría, como el clima). Nunca extrañé mi país, aunque tampoco

olvidé a mi familia. Nos llamábamos por teléfono, nos escribíamos cartas y dos veces al año visitaba a mis padres. Mi marido también visitó Holanda y le gustó mucho. Pero yo necesitaba el calor, teníamos trabajo en los hoteles y ya preparaba mi cuerpo para tener un bebé. Nació mi primer hijo, por amor, así como mi hija apenas un año después. Mi marido y yo siempre nos tuvimos el uno al otro, sin ayuda de nuestras familias ya que en ambos casos estaban muy lejos. Mis hijos han viajado por el mundo porque todos los años íbamos a Holanda, a Uruguay o a Estados Unidos, donde vive mi hermana (otra emigrante). También hemos pasado momentos duros, en los que no había trabajo, con los dos niños pequeños, pero siempre hemos salido adelante.

Yo dejé la música y empecé a trabajar en una boutique de moda de baño de alta gama. Mi marido encontró trabajo en un velero, como cantante, guitarrista y animador. Esta vez era un trabajo fijo que le gustaba. A lo largo de los años educamos a nuestros hijos y formamos una familia normal y feliz en nuestras ocupaciones. Cuando mi suegra se quedó viuda la trajimos a Canarias y se quedó a vivir con nosotros. Fue una buena mujer, que nos ayudó a cuidar a los niños. Con el paso de los años mi vida y la de mi marido fueron cambiando. Cada una acabó teniendo un ritmo distinto y, después de veintisiete años, nos separamos. Mis hijos eran ya mayores (veinticinco y veintitrés años) y lo aceptaron bastante bien. Hoy día seguimos siendo amigos.

He sido esposa y madre. Ahora soy yo, sola, sintiéndome a mí misma. Mi hijo ha tenido algunos problemas serios y está en tratamiento. Me preocupa mucho, aunque ahora parece estar mejor. Tiene un trabajo fijo y toca el bajo, como su padre. A veces fuma porros, pero quiere dejarlo. Mi

hija es más fuerte, no fuma ni bebe. Ahora está buscando trabajo. Yo he cambiado la música por el deporte. Con cincuenta años empecé a correr en la playa y me enganché. Desde entonces llevo doce años corriendo maratones y “ultrafondos”. Ahora mismo estoy preparando un “ultratrail” de montaña de cuarenta y siete kilómetros. Esta es mi vida actual, mi filosofía: mover el cuerpo, cuidarlo, disfrutar de tu mejora, de tu físico, tu sexo; sentirme plena todos los días. Así es más fácil afrontar los problemas, el cerebro consume más oxígeno, abres los ojos, comes más sano y es mucho más difícil caer enferma. Hace un par de meses cerró la boutique donde trabajaba. Fue una lástima, pero la crisis se está notando mucho. Así que estoy en paro. Tengo mucho tiempo libre para hacer lo que me gusta. Me he sacado el diploma de monitora deportiva (a través de los cursos del INEM), dirijo un taller gratuito para aprender a correr y tengo una web en la que explico lo que ha supuesto este deporte para mí.

Antes sufría dolores de espalda y estreñimiento. Ahora ha mejorado mi resistencia, mi elasticidad; menguaron considerablemente mis dolores y mejoró mi tránsito intestinal. He conseguido varios premios en mi categoría, además de una gran sensación de superación y satisfacción. Al correr me lleno de vitalidad, me renuevo en cada paso. Es por ello que quiero compartir mi experiencia y animar a la gente de cualquier edad y condición a poner en movimiento su cuerpo; que puedan llegar a sentir lo mismo que yo. Mi intención es acompañar principalmente a las personas que empiezan a correr; que sientan el entrenamiento como algo placentero y divertido, no como un sufrimiento que hay que pasar para llegar a un objetivo. Estoy absolutamente satisfecha de mi vida. Me siento una privilegiada por vivir en un paraíso y

llena de juventud.

Contemplo mi entorno y veo también que la crisis actual es un drama para muchos españoles y extranjeros que viven en España. Muchos han regresado a sus países de origen. Mucha gente joven busca suerte en otros países europeos. Pienso que la entrada de la moneda única (el euro) fue un error y que el despilfarro y las malas actuaciones políticas han hecho que España se encuentre en una crisis muy profunda. Pero también creo que en la vida se recoge lo que se siembra. Yo les digo a los jóvenes que se vayan, que no hay trabajo aquí; y menos aún en las Islas Canarias. Las islas están muy bien para la gente jubilada (a mí me faltan dos años para jubilarme). Tampoco yo voy a tener una jubilación maravillosa, pero he aprendido a vivir con poco y tendré menos problemas. Me gusta escuchar música, pero también oír el silencio. Disfruto viendo a un joven haciendo series en la pista de atletismo o asistiendo a una clase en un parque. Del futuro espero aprender a cuidarme y a cuidar a los demás. Sé que no puedo cambiar el mundo, ni España o Gran Canaria, pero ¿no es bastante intentar ser un buen ejemplo? Pregunto.

Madelon Francisca Dijkstra



XIII

El verano y las vacaciones fueron los acontecimientos que más me impactaron en mi infancia. Pasaba casi cuatro meses al año en una casa de campo al lado de un hermoso lago entre montañas. El lago se llama Lac d'argile y está en Quebec; en la provincia francesa de Canadá. Era mi refugio preferido para experimentar y descubrir el mundo de la naturaleza. Me sentía tan segura allí que en muchas ocasiones iba a pescar sola en la barca familiar. También me encantaba buscar sapos a la orilla del agua y dar queso a los peces pequeños. El lago era un lugar de encuentro para todos los vecinos. Algunos lo recorrían con sus veleros, otros simplemente disfrutaban del agua con sus familias y amigos. Por las noches las fogatas en el campo eran las protagonistas, acompañadas de alegres cantos campesinos. A veces nos contestábamos unos a otros cantando... Qué alegría sentirse tan unidos.

A la edad de diecisiete años comencé a trabajar de peluquera en la provincia inglesa, cerca de la frontera con Quebec. Me sentía muy a gusto haciendo este trabajo porque siempre era diferente y yo podía crear algo nuevo cada día. Me resultó imprescindible aprender inglés para mejorar mis posibilidades profesionales. Trabajé durante más de veinte años en este oficio y visité muchos rincones de Canadá con

mi esposo, hasta que murió de cáncer en 1999. Entonces decidí regresar a mi tierra natal, para reflexionar y afrontar mi nueva vida.

Mi vida basculó de nuevo cuando conocí a mi segundo esposo. Fue en Cuba, en un curso de español que yo estaba haciendo con mi hermana y su hija. Yo ya sabía algo de español pues había asistido a varios cursos en el instituto y me gustaba hablarlo. Después de casarnos hicimos juntos una lista de países donde nos gustaría vivir y elegimos Chile. Allí abrimos un hostel para turistas, a la orilla del Océano Pacífico. Tuvimos una vida sencilla, sin mucho lujo, en contacto con la naturaleza; algo que siempre me ha encantado. El pueblo en el que vivíamos tenía una población de unas treinta mil almas. Y era como vivir veinticinco años atrás en el tiempo. Había muchos caminos de tierra y los perros acostumbraban a echarse la siesta en cualquier sitio. Resultaba algo natural, y cualquier persona sabía y respetaba el derecho de los perros de estar allí en paz. Nunca les faltaba comida y estaban cuidados. En mi calle, por ejemplo, los atendía una veterinaria a la que todos conocíamos. Los perros solían seguir a alguna persona durante el día para sentirse acompañados y estar felices. También recuerdo a los vendedores ambulantes, que pasaban por las calles vendiendo sus mercancías. Lo hacían varias veces a la semana. A ellos les compraba el pan, las frutas, las verduras frescas, el pescado...

Después de haber visitado las Islas Canarias en unas vacaciones decidimos vender todo y empezar una nueva aventura aquí, en Gran Canaria. Y aquí estamos ahora. Me gusta mucho la isla. El clima es fantástico y sus habitantes son simpáticos y sencillos. Es como un pequeño continente, donde hay de todo para todos. Aquí se vive bien, la vida

es muy pacífica. Y la convivencia de residentes de varias nacionalidades nos enriquece a todos. Pero los primeros meses no fueron fáciles para nosotros. Las dificultades que sufrimos se debieron sobre todo a la burocracia y a la crisis que está afectando ahora a toda Europa. Tuvimos que soportar retrasos y muchas confusiones en cuanto a trámites legales y papeles. Y hemos tenido que aprender a ser pacientes, porque Europa no es América. Hay una enorme diferencia en el modo de entender la burocracia en ambos continentes.

Viniendo de América se descubre la desunión que existe en España, y también entre la mayoría de países europeos. Ojalá se encuentre una solución a todo este desconcierto para que la gente pueda vivir con más serenidad y paz. Por mi parte, creo que mi vida en Gran Canaria será de mucho crecimiento personal; tanto en el respeto a todas las diferencias étnicas como en el descubrimiento de la rica cultura de la isla. Y en la enseñanza de la simplicidad y la naturaleza que hay aquí.

Julie Stamour



XIV

Nací y me crié en Suecia en un vecindario de las afueras de la capital, Estocolmo. Nací el dos de julio de 1980 y me dieron el nombre de Emelie. Vivíamos en una casa terrera roja hecha de madera. Con un gran jardín con césped, árboles frutales y un huerto donde plantábamos papas, habichuelas, cebollas, zanahorias, fresas, frambuesas... Éramos mi madre, mi padre, mi hermano mayor y yo: una típica familia en un vecindario bueno. Íbamos andando al colegio, y en cada cruce había otros niños esperando para ir todos juntos. En verano por las noches nos juntábamos con los vecinos y hacíamos barbacoas, fiestas y juegos en el jardín. Fueron tiempos muy felices.

Cuando yo tenía siete años mi padre enfermó de cáncer, de un tumor cerebral. Estuvimos luchando mucho tiempo, con varias intervenciones, fue muy duro. Hasta fuimos a Málaga, en España, para buscar ayuda médica. Nos habían dicho que allí la oncología estaba más avanzada. Pero el médico nos confirmó que el cáncer era incurable y que no había esperanzas. Allí mismo, cuando el médico se lo comunicó a mis padres, a él le dio un infarto al corazón y lo ingresaron en la UVI durante varios días. Mi madre lo visitaba en el hospital, pero a mi hermano y a mí no nos dejaban porque éramos menores de doce años. Aún

conservamos amigos malagueños que nos ayudaron en aquellos momentos. Cuando mi padre se recuperó del infarto regresamos a Suecia.

Los médicos nos recomendaron vivir experiencias juntos, disfrutar de la vida, porque quedaba poco tiempo. Nos fuimos una semana a Barbados todos juntos para tener recuerdos buenos. Luego mi padre nos llevó a mí y a mi hermano por separado a disfrutar con él de unas “mini-vacaciones”. Cuando empeoró decidimos cuidarlo en casa, con la ayuda de mis abuelos y de mi madre que empezó a trabajar desde casa. Un sábado mi madre me llevó a casa de la abuela y mi hermano se fue a entrenar con el equipo de fútbol, como hacíamos habitualmente. Unas horas después me llamó y me dijo que papá ya no estaba. Era el 16 de septiembre de 1989.

Estuvimos viviendo en la casa roja de madera hasta que cumplí trece años. Luego nos mudamos a un piso más céntrico, mi madre, mi hermano y yo. El instituto fue una época muy loca, supongo que como para todos. En las vacaciones de otoño mi madre y yo siempre hacíamos un viaje, y en 1995 fuimos a Playa del Inglés, en Gran Canaria. Yo tenía quince años y una noche le dije a mi madre que iba a salir a la plaza de Maspalomas a dar una vuelta. Me dijo que sí, pero que me quería de vuelta a las doce de la noche. Fui a la plaza, me senté en un bar y pedí una copa. Un rato después vino un chico y se presentó. Entre la música y la fiesta no le oía bien, pero nos vimos todas las noches durante las dos semanas siguientes. Me presentó a sus amigos. La novia de uno de ellos también era sueca y llevaba viviendo en Gran Canaria unos meses. Las vacaciones llegaron a su fin y volví a Suecia llorando. Mi madre me dejó ir en las vacaciones de

Navidad a quedarme en la casa de la chica sueca para ver al chico de nuevo. Fueron dos semanas maravillosas. Pero lo bueno siempre acaba y regresé a Suecia a mi vida de siempre.

Yo quería quedarme con él en Gran Canaria, pero debía terminar los estudios primero. Me llamaba cada dos días, y como yo no hablaba español y él muy mal el inglés pedí ayuda a un amigo chileno que vivía en Suecia. El chico me llamaba y me decía cosas que yo anotaba como sonaban y al día siguiente mi amigo chileno me contaba lo que él me había dicho la noche anterior. Luego yo le explicaba a mi amigo lo que quería contestarle, él lo escribía en español y en la próxima llamada yo le leía mi carta. Así estuvimos unos meses, hasta que un día me dijo que vendría a Suecia para estar conmigo. Vendió las pocas cosas que tenía y se compró un billete de ida. Mi madre me acompañó a recogerlo en el aeropuerto. Se quedó con nosotros en casa de febrero a junio, hasta que terminé los estudios. Luego nos fuimos juntos a Gran Canaria. Mi madre se reía porque pensaba que yo no aguantaría un mes sin ella, así que me dejó ir. Me dio una tarjeta de crédito y me dijo: me puedes llamar a la hora que sea. Puedes volver cuando quieras y nunca -recalcó ese nunca- cojas un trabajo que no quieras. Pórtate bien. Te quiero.

En la isla nos recogió mi “suegro” y nos ayudó a buscar un apartamento de alquiler en el sur, cerca de donde vivía mi amiga sueca. Firmé el contrato de alquiler y pagué. Al día siguiente vinieron de la recepción a informarme de que el contrato no era válido, porque yo solo tenía quince años. Por la tarde se acercó mi novio a la recepción y pusimos el contrato a su nombre, ya que él tenía dieciocho. Estuvimos en el apartamento unos meses, pero como no conseguíamos

trabajos estables decidimos irnos a vivir con su familia. Yo aún no hablaba español y seguíamos comunicándonos por signos y con la ayuda de un diccionario, pero en su casa empecé a aprender el idioma con rapidez. Todos en su familia me acogieron y me enseñaron a hablar español y sus costumbres. Después de unos años nos mudamos a un piso que compartimos con otra pareja y al final conseguimos una vivienda en el mismo pueblo donde vivía su familia. Nuestra relación duró nueve años y después cada uno siguió por su lado. Yo tenía veinticuatro años.

Tras la separación pasé una época muy mala. Me sentía muy sola, traicionada y olvidada. Lloraba tumbada en el sofá del salón. Había muchas moscas en la habitación, era el comienzo de la primavera. Dejé el trabajo y me encerré en mí misma. No salía ni hablaba con nadie. Dejé de funcionar. Mis vecinos venían a verme a diario, me preparaban comida y se aseguraban de que comiera. Dejé de contestar a las llamadas de mis amigos y muchos de ellos se cansaron, pero algunos siguieron insistiendo y me obligaban a salir a la calle. Poco a poco todo fue mejorando gracias a la ayuda, al apoyo y a la paciencia de todos a mi alrededor. Me sentí acogida, protegida y querida por todos, como si fuese parte de una gran familia. Se preocuparon mucho por mí. Un año después un amigo de mi “ex” empezó a venir a verme y fue surgiendo el amor de nuevo. Mi vida volvió a cambiar para mejor. Busqué un trabajo de intérprete en un hospital y con la ayuda de mis compañeros de trabajo volví a ser yo.

Llevo ya diecisiete años en Gran Canaria. En este momento de mi vida me encuentro muy a gusto. Vivo con mi novio desde 2005 y estamos muy bien. Me entiende, me apoya y me quiere, aunque yo sea de otro país con costumbres

y valores distintos. Por ejemplo yo tengo la idea de que el trabajo duro da sus frutos, me gusta mostrar gratitud, llamar y dar las gracias, o enviar una postal de agradecimiento después de algún favor, etc. En su familia me siento una más: es mi familia. Hace poco le pregunté a mi novio y a mis amigos si me trataban o hablaban de otra manera por el hecho de ser de Suecia. Todos me dijeron que no, que siempre me han tratado y hablado como si yo fuese una canaria. Siempre he pensado que hablo bien el español y que estoy bien integrada, pero de repente pensé que tal vez me estuviesen hablando de otra manera, utilizando otras palabras para hacerme las cosas más fáciles. Por eso se lo pregunté.

En 2009 decidimos adoptar un perrito, un pastor alemán. Como me encanta el pasado de la isla y las historias de los guanches le llamamos Mencey, como uno de los reyes guanches. Es nuestra alegría de vivir, la mejor decisión que hemos tomado juntos hasta el momento. Actualmente, y desde 2006, trabajo como intérprete y relaciones públicas en un hospital. Tengo muy buenos compañeros y amigos allí, y me relaciono con gente de todas las nacionalidades y edades a diario. Mi misión consiste, sobre todo, en ayudar a las personas que enferman y tienen que ser hospitalizadas. Las visito a diario y las ayudo en lo más básico, como hacer llamadas a sus familiares, al seguro para explicar su situación o sirvo de intérprete con sus médicos.

Vivo en Los Rodeos (Juan Grande), un pueblo como los de antes, con buenos vecinos que me ayudan y yo a ellos. Son veintiuna casas hechas de bloques con techos de plancha pintados de distintos colores: verde, azul, amarillo, naranja... Es una zona muy tranquila con tomates y plataneras, y caminos de tierra que te llevan a las montañas donde puedes

disfrutar de las vistas al mar. Para mí es el lugar ideal, cerca de todo pero a la vez en medio de la nada. En las noches cálidas los vecinos nos sentamos fuera, en el patio, a charlar juntos. Cuando llego por las tardes del trabajo puedo desconectar y salir a dar largos paseos con mi perro y disfrutar del campo. Cuando llueve se forman pequeñas cascadas y los campos cambian su color de tierra por un verde esperanza.

En el futuro me veo viviendo aquí, en Gran Canaria. La gente de esta isla es muy abierta y hospitalaria. Y aprecian mucho los intentos del extranjero por intentar integrarse. Me encanta que se pueda ir a casa de un amigo sin aviso previo y que te preparen un cafecito. En Suecia hay que planificarlo todo. Siempre hay gente dispuesta a ayudarte y enseñarte. Me siento bien acogida por la gente canaria. Me siento como en casa. Y me gustaría seguir viviendo en la zona de Juan Grande, en una casa un poco más amplia, con un patio para poder invitar a mis amigos y familiares a pasar buenos ratos juntos. Echo de menos a mi gente, pero espero que mi madre y mi hermano puedan venir a pasar largas temporadas. Y yo seguiré yendo a Suecia todos los veranos. Espero que mi vida siga siendo más o menos igual, pero aprovechando cada oportunidad que se me ofrezca. También deseo aprender más idiomas y conocer gente de todo el mundo.

Mis sueños son llegar a ser madre muy pronto y enseñar lo bueno de mis dos mundos: Suecia y Gran Canaria. Soy una sueca de Juan Grande. También me gustaría seguir en mi trabajo actual. Me siento realizada y feliz. Es mi trabajo ideal, como hecho para mí. Soy una persona impulsiva, alegre y complaciente; con mucho sentido de la responsabilidad y de cuidar a otros. Al escribir esta parte de mi historia y poner mis pensamientos en palabras soy más consciente de quién

soy y por qué soy así. Todo lo que he vivido, tanto los buenos como los malos momentos, me han ayudado y formado como la persona que soy. Creo que todo es posible y que nunca hay que dejar de luchar. Hay que pasar por momentos malos para poder apreciar las cosas buenas de la vida. Estés donde estés y con quien estés.

Emelie Nystrom

谈

认识

交契

未来



XV

Mi nombre es Nancy Li. Soy de China y tengo treinta y nueve años. Llegué a Gran Canaria en febrero de 2012. Me encanta el clima y me gusta la gente, por eso decidí quedarme a vivir. Pero como todo el mundo sabe, siempre resulta difícil habituarse a un nuevo país, sobre todo porque yo no hablaba nada de español. Jamás pensé que acabaría viviendo aquí. Si lo hubiese sabido habría estudiado el idioma y me habría evitado así algunas pequeñas dificultades que tuve al principio, y que se vuelven grandes por el desconocimiento de la lengua. Por ejemplo, cuando tuve un problema con el teléfono fijo y la conexión a internet de mi casa. Perdí mucho tiempo para solucionarlo ya que los técnicos de telefónica no hablaban inglés. Y pagué mucho también por el tiempo de sus visitas. Realmente es frustrante el hecho de no poder comunicarse con las personas. Pero algunos meses después empecé a valorar a la gente que vive aquí. Cuando tengo problemas siempre aparece alguien que me ayuda, que se porta conmigo como si fuéramos hermanos. Así que me gustaría aprovechar estas líneas para agradecer la ayuda que me prestan mis hermanos canarios. Desearía ofrecer también mis servicios a los isleños, porque realmente los siento como si fuesen parte de mi propia familia.

A Gran Canaria llegué procedente de Londres, donde

fui para estudiar un máster de administración de empresas y me quedé a vivir durante siete años. La vida en Inglaterra fue muy agradable, aunque tuve que trabajar y estudiar al mismo tiempo. Un año después de llegar a Londres me gradué y conseguí un trabajo en una fábrica, en el extrarradio de la ciudad. Trabajé allí seis años, durante los cuales llegué a disfrutar verdaderamente de la vida en Inglaterra; de la libertad que sentí y de lo humano que me pareció el sistema social del país. Creo que las personas allí son afortunadas de contar con un sistema tan respetuoso y atento a las necesidades de la gente.

Yo nací en un pueblo pequeño en China. Cuando era niña, en los años ochenta, China no era un país tan próspero como lo es ahora: no había suficiente comida, y apenas teníamos leche porque allí las vacas son escasas. Continuamente deseaba que llegase la fiesta de Año Nuevo para disfrutar de una comida mejor y llevar ropa nueva. Me acuerdo que una vez, al regresar del colegio, tenía tanta hambre que comí algo en la cocina de mi abuelo. Mi padre me castigó pegándome con el zapato y me dijo que estaba muy mal comer la comida del abuelo. No creo que pueda olvidarlo en toda mi vida.

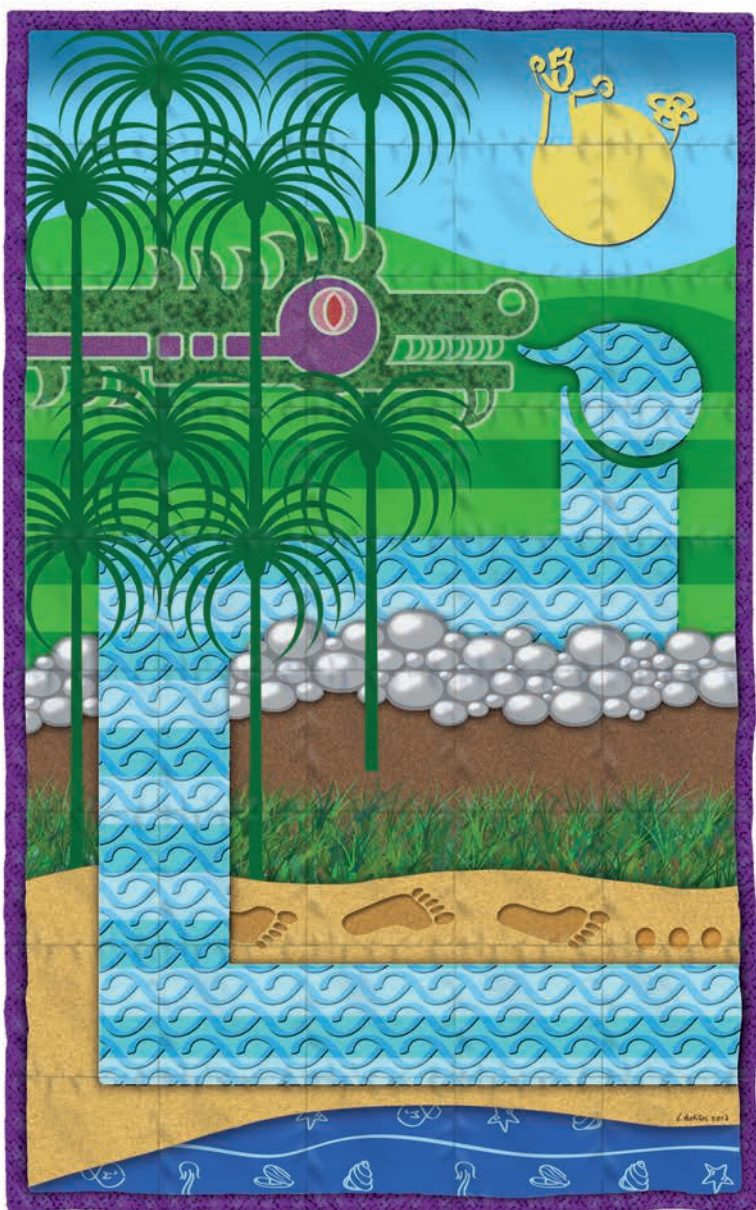
En el colegio y en el instituto fui una buena estudiante. Los profesores siempre me valoraron. Cuando estudié en el instituto también vivía allí, en la escuela, como casi todos los alumnos. Había muchos dormitorios. Nos levantábamos a las cinco y media de la mañana y hacíamos ejercicios físicos. A las seis y media estudiábamos en el aula y a las siete y media desayunábamos. Después -a las nueve- empezaban las clases, que duraban toda la mañana y toda la tarde, aunque también dormíamos la siesta. El tiempo libre lo empleábamos

casi siempre en estudiar porque nadie quería quedarse atrás. El examen de acceso a la universidad era muy difícil, tanto que de los cincuenta que éramos en clase solo tres pudimos continuar nuestros estudios en la universidad.

En la universidad disfruté de una beca del Gobierno para la comida y para mis necesidades básicas. Fue una época muy divertida, en la que aprendí no solo de libros sino de otras cosas más importantes para mi vida futura. Después de terminar mis estudios trabajé en la propia universidad como profesora de inglés, con un salario muy bueno y un ritmo de trabajo muy llevadero. Estuve en la enseñanza ocho años hasta que decidí cambiar de aires y probar nuevas cosas. Renuncié a mi trabajo en la universidad de Shandong (en el norte de China) y bajé hacia el sur, a la ciudad de Shenzhen, cercana a Hong Kong. Tuve suerte porque al tercer día de llegar ya conseguí un trabajo como traductora en una empresa internacional. Dos años después me fui a Inglaterra.

Allí fue donde encontré a mi pareja. Ambos vivíamos en Londres. Y juntos vinimos a Gran Canaria de vacaciones. Yo me enamoré enseguida de esta isla y decidimos quedarnos aquí a vivir. Y ahora estoy enseñando chino a niños y adultos. En el futuro espero que muchas personas tengan la oportunidad de aprender mi idioma. Realmente me gustaría organizar una asociación cultural “española-china” para que la gente de ambos países pudiera conocerse mejor; para que pudiéramos saber más los unos de los otros.

Nancy Li



XVI

Crecí en plena naturaleza, rodeada de palmeras centenarias y rosales trepadores. Cada mañana al ir a la escuela me gustaba coger un ramo para llevar a la maestra. Caminos de piedra, tardes de juegos, animales que aullaban o se comunicaban en la noche... Así viví toda mi infancia en Santa Lucía de Tirajana, justo al lado del barranco que divide a dos municipios. Cuando llovía, era tanta el agua que parecía un dragón rugiendo, y nadie se le acercaba. Mi padre era un señor que me traía caramelos de nata los fines de semana. Yo le preguntaba a mi madre: “Mamá, ¿quién es este señor?”. “Es papá, hija”, me decía. Recuerdo que me escondía de él cuando llegaba los viernes por la tarde. Luego se volvía a ir el domingo, también por la tarde. Mi padre se fue a la capital con cinco de mis hermanos, ya que el dinero no alcanzaba para alimentar a nueve bocas. Madre se quedó sola a cargo de los otros cuatro. Trabajaba de sol a sol, y cantaba. Cuando lavaba la ropa en el barranco su voz era como el canto del ruiseñor en las mañanas, despertaba en mí la alegría de vivir.

Mi hermano mayor emigró a Guinea Ecuatorial cuando yo tenía siete años. Recuerdo que cuando se marchó mi casa era un valle de lágrimas, y cuando regresaba a visitarnos se creaba un maravilloso ambiente de paz y tranquilidad. A los once años me fui a vivir a Las Palmas.

La costa fue mi despertar a nuevas culturas, me relacioné con gente de todo el planeta y me sentí cómoda escuchando el habla de diferentes idiomas. A los diecinueve me casé y regresé de nuevo al campo. Fue como volver a mí misma, al cielo que me vio nacer y a la tierra que me engendró. En esos años y en los siguientes experimenté la sexualidad, la maternidad y lo que yo entendía por amor y fidelidad a una familia. Mi mundo, sin embargo, se hizo pequeño y tuve que alzar de nuevo el vuelo. Retomé mis estudios y comencé a ver muchas oportunidades. Con veinticinco años me separé y me llevé conmigo a un niño de cuatro añitos, al cual crié sola, trabajando y estudiando. Trabajaba por entonces en el sector servicios, aunque antes había trabajado en una agencia de viajes y como telefonista, metiendo clavijas y sacándolas. Mi primer hijo se ha convertido con el tiempo en un joven sereno y profundo en sentimientos, responsable en sus acciones y labrador de su propio camino. Me siento muy orgullosa de él.

A los veintiséis años comencé a trabajar en una empresa de hostelería noruega. Aquí me relacioné con muchísima gente de todo el planeta. Yo estaba tan abierta a aprender y a conocer que todo me parecía familiar. Aquí también conocí al que luego sería el padre de mi segundo hijo. Con él me fui a Italia, a trabajar en una nueva oficina recién abierta en Milán. Cada lugar que visitaba me recordaba algo conocido, nada era nuevo para mí; sobre todo en Roma. La gente era amable y su voz melodiosa. Me encantó su gastronomía, sus sabores frescos y tan apetecibles. Asistí a clases de italiano y llegué a integrarme en un grupo de jóvenes del barrio. Sin embargo los inviernos eran largos y grises. No paraba de llover: días, semanas, meses... Los paseos más cálidos los viví en los espacios cerrados, con calefacción. Aquellos momentos me

devolvían el clima de mi Gran Canaria. Al salir fuera buscaba de nuevo el horizonte azulado, y de pronto descubrí que solo existía en mis recuerdos. Dos años después de llegar a Italia volví a Gran Canaria, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón herido, pero segura de lo que mi alma no amaba. Aquí me siento segura y fortalecida para comenzar de nuevo.

Fueron varios los motivos de esta ruptura: el corazón se expande y se contrae. El mío se cerró completamente y esto me llevó a despedirme de la vieja Italia y a separarme del padre de mi segundo hijo. Me sentí recluida y aislada del mundo. Hasta que entendí que mi espíritu era libre, como puede serlo un águila, y decidí volar de vuelta a casa. Me vine con mis dos hijos. El mayor se sentía muy feliz, creo que él también tiene un espíritu aguileño. El más pequeño siento que es el más grande. Es un chico altivo, seguro de sí mismo, apasionado por lo que ama. Su mirada es amplia, clara, desenvuelta. Quiere estar siempre en un estado positivo, no le gustan las bajadas salvo las que hace en bicicleta.

En este momento presente vivo entre la costa y la montaña. Las necesito a ambas. En la montaña conecto con mis raíces y desconecto de los ruidos mentales. En la costa disfruto de la compañía, del trabajo, del mar purificador que ilumina y limpia el templo de mi alma. Trabajo como animadora sociocultural, aunque soy también integradora social. Me encanta compartir con las personas, colaborar con sus necesidades e impulsar a la apertura del despertar de la conciencia, que es la mía propia. En ocasiones siento que tengo un gran potencial todavía por descubrir. El desánimo siempre intenta boicotear a la presencia, pero algo dentro de mí me dice que no desespere; que la mujer sabia está ahí, alerta, marcando las pautas de mi propio caminar.

Mis hijos han crecido y cada uno ha tomado su camino. A veces echo de menos los momentos compartidos, pero veo que una parte de mi trabajo con ellos ha concluido. Ahora tengo más tiempo para dedicarme. Hago yoga, meditación; nado, camino; riego mi jardín y lo limpio de las malas hierbas. Cuando realizo esta actividad conecto mucho con el corazón del Principito y siento que sus baobabs son también los míos. Este personaje marcó un antes y un después en mi vida. Despertó a la princesita que aún vive en mí; que dejó de creer en los cuentos de hadas mal contados para creer en la magia que emana por doquier.

Actualmente convivo con un hombre cuya vida es el trabajo y la familia. Le gusta la naturaleza, viajar, relacionarse... A veces sus viajes son largos y se dispersa un poco. Está bien, todo está bien. Compartir la vida con él me sana, y me ayuda a aceptarme a mí misma. En el momento presente intento estar conmigo cada día; acompañarme, mimarme como lo hace una madre con su bebé. Por todo ello y muchísimo más doy gracias a cada instante. Y el futuro lo veo como una ilusión, como un viaje inacabado. En realidad no creo en el futuro, sino en el presente, porque la vida me ha enseñado que es lo único con lo que cuento; estar presente en lo que hago, en cómo lo hago; disfrutar con cada mirada, con cada movimiento. Sin juicios, ni prejuicios, sólo disfrutar lo observado. Sentir que mi hogar está en orden para poder viajar.

Me gustaría viajar a la India, pisar las faldas del Himalaya; visitar centros donde la espiritualidad se manifieste a través de la danza, la respiración y el movimiento; conocer proyectos de este tipo que se estén llevando a cabo con niñas y niños. También quisiera visitar el Tíbet, encontrarme con

otros “yo” ancestrales. Me gustaría viajar a la Polinesia (creo que las Islas Marquesinas tienen una belleza sin igual). También a Perú: bañarme en sus aguas termales, conectar con gente sabia. Si pudiera viajar más sería estupendo, porque mi alma todavía tiene sed de recordar o revivir momentos, como si fueran de vidas pasadas.

Desearía adentrarme sin miedos, sin bloqueos, dando gracias por todo sin rechazar lo incomprensible. A veces siento que podría dejarlo todo e ir en busca de un Nuevo Mundo, de nuevos caminos que se abran a mis pies. Pero luego lo pienso y vuelvo a echar el ancla a esta mujer que ama la vida y otras veces se lamenta. Pero en cualquier caso ya no importan los anhelos, los deseos y lamentos. Sé dónde está mi esencia, tan sólo tengo que respirarla y dejarme sentir en el momento presente.

Fabiola Vega Rodríguez



XVII

Desde el mismo momento en que llegué a este mundo ya estaba destinada a no vivir con mi madre. Ella estaba muy enferma (tenía un tumor cerebral) y en cuanto nació me acogió una familia vecina. Viví con ellos diez años, y fueron mi verdadera familia. Con ellos tuve un padre, una madre y dos hermanas mayores. Vivíamos en una zona conflictiva de Alemania, en la frontera con Polonia y la República Checa, al final de la segunda guerra mundial. En aquel entonces los soldados rusos saqueaban las casas de la zona, por lo que mi padre decidió ponernos a salvo en un búnker debajo de un bosque. Allí permanecimos alrededor de cuatro meses. Yo era un bebé y no tenían leche para alimentarme, así que sobreviví a base de agua calentada en una lámpara de queroseno y caldos que cocinaban allí las personas escondidas en el búnker. Sufrí raquitismo y estuve a punto de morir. Una vez pasé un día entero sin moverme, congelada, y ya me vieron tan azulina que tanto mis padres como el resto de personas me dieron prácticamente por muerta. Mi madre, en su desesperación, me desnudó y me metió en un barreño con agua helada que traían del exterior. Del choque con el agua tan fría volví en mí.

Después de los meses escondidos en el búnker volvimos a la casa donde vivíamos antes, perteneciente a un

cuartel de soldados. Allí mi madre se encargaba de cocinar y lavar para ellos. Entre tanto, mi madre biológica guardaba cama en una habitación del mismo recinto. Yo tenía que ir a visitarla a menudo, algo que no me gustaba nada porque era una habitación muy oscura que olía a medicamentos y donde, además, no podía hacer ruido debido a las migrañas que padecía. Cuando yo ya había cumplido cinco años murió mi madre biológica. Fue un hecho que no me afectó emocionalmente pues yo tenía una familia que sentía como propia. Tengo asociada la muerte de mi madre con una anécdota que me ocurrió el día de su entierro. Yo paseaba alrededor de nuestra casa con un baifo en brazos, algo que hacía habitualmente, y éste se orinó en mi ropa cuando ya estaba lista para ir al entierro. Cuando mi madre salió y me vio con la ropa empapada se puso muy nerviosa y tuvimos que volver a casa para cambiarme. Esto hizo que todos se enfadaran mucho conmigo en aquel momento.

Con el tiempo mi padre encontró un trabajo mejor, como ingeniero en una mina, al mismo tiempo que prestaba sus servicios como traductor de Nikita Jrushchov (secretario del partido Comunista de la Unión Soviética). Así fue como después de todas las penas anteriores acabamos viviendo en un castillo con coche y chófer; algo que cambió por completo nuestras vidas. Fueron los años más felices de mi infancia hasta que un día apareció mi padre biológico -que había estado escondido tras la guerra- y me arrancó de mi familia. Yo tenía entonces diez años y mi hermana biológica catorce. También ella había estado viviendo con unos familiares en otra parte de Alemania. El día que tuve que dejar a mi familia fue un verdadero drama. Mi padre (adoptivo) nos llevó a mi madre y a mí a la estación de tren con mi baúl. Esa fue

la primera vez que vi llorar a mi padre, que era un hombre muy duro. Mi madre viajó conmigo desde el oeste al este de Alemania y se quedó un par de días viviendo con mi “nueva” familia (mi padre biológico, su reciente mujer y mi hermana) para que yo me hiciese a la idea. Yo tenía mucho miedo, pues sabía que en algún momento se iría, así que pasaba los días pegada a ella, suplicándole que no se marchase; y por la noche dormía agarrada a su cuerpo para que no me dejara. Hasta que una madrugada me dejó mientras dormía, al amparo de una nueva vida que no me gustaba nada. Para mis padres también supuso un trauma perderme, sabiendo que era infeliz. Y nunca superaron esa pena.

Lo único positivo de aquel tiempo fue estar con mi hermana, aunque aquello también duró poco pues se casó muy joven para huir de nuestra situación familiar (éramos infelices y no nos sentíamos queridas). Pasé diez años trabajando en una librería, lo que en aquel momento era mi sueño. De esa forma me refugiaba en las historias de los libros y evitaba vivir la mía propia. Cuando estaba en casa ocupaba el tiempo leyendo. O me sentaba en un rincón del jardín, mirando el cielo, y veía pasar los aviones deseando poder estar en uno de ellos rumbo a un país cálido donde quedarme el resto de mi vida. Pero no tuve el valor de hacerlo en aquellos años. Después las cosas cambiaron, ya que los dueños de la librería la vendieron y nos echaron del trabajo. Fue así como una amiga y yo decidimos venirnos a vivir a España. Cuando les conté mi decisión de irme, mis padres se enfadaron y me cerraron la puerta de casa, diciéndome que si me iba era para no volver.

Aterricé en Benidorm un soleado día de primavera con la seguridad de que comenzaba mi nueva vida. Juntas

alquilamos un estudio y buscamos trabajo, lo que era muy difícil porque no contábamos con un permiso de trabajo. Tampoco tenía dinero, ya que mi padre me negó mis ahorros de años -que estaban en su cuenta bancaria- creyendo que así tendría que volver. Desde el principio mi estancia aquí fue maravillosa, la gente me acogió de una manera increíble y sentí tener la familia que no tuve durante el último periodo en Alemania. Finalmente, después de mucha lucha, conseguí los papeles necesarios y un trabajo como camarera en una cafetería austriaca. Así conocí a un chico con el que viví durante siete años y que fue mi gran amor. A través de él viví la experiencia de sentirme parte de una familia española. Su madre me enseñó a cocinar todas las comidas típicas de aquí y sus costumbres.

A pesar de que fue, como digo, un tiempo maravilloso también fui consciente de las diferencias que había entre nosotros. Él era un hombre más tradicional, posesivo y celoso, y yo tenía una mentalidad más abierta. Todo esto hizo que rompiéramos y me marché a Fuerteventura, ya que tenía una amiga allí. Al poco tiempo de estar en esa isla conocí a un hombre canario con el que mantuve una relación bastante larga. Intentamos tener hijos pero yo no me quedaba embarazada, y un tiempo después nos separamos y me volví a a marchar; esta vez a Ibiza. Dos semanas después de estar allí me enteré de que estaba embarazada, pero nunca volvimos a estar juntos, así que me convertí en madre soltera de una niña. A mitad del embarazo me vine a vivir a Gran Canaria, y así hasta hoy. El día que nació Claudia yo esperaba que fuera un niño, sabiendo que me decepcionaría si no lo era, pero en cuanto vi su carita tan rosada y su boquita en forma de “o”, con aquella expresión de sorpresa, tuve claro que era lo más

importante de mi vida.

Actualmente trabajo como masajista a tiempo parcial. Me estoy retirando, pero es lo que he hecho durante los últimos veinte años. Soy muy feliz aquí. Durante toda mi vida en este país he sido muy afortunada, siempre he encontrado gente maravillosa a lo largo del camino que me ha ayudado mucho. Quizás por eso tengo la sensación de que estoy en mi lugar. Me siento más cercana a las personas de aquí que a los propios alemanes. En el futuro deseo continuar mi vida tal y como es ahora: disfrutando de paseos por la playa, del contacto cercano con mi gente y viviendo esta vida de paz. Desearía veinte o treinta años más para poder seguir disfrutando de la vida que tengo, ahora que he dejado de luchar y de trabajar tanto. Suelo regresar a Alemania de vacaciones, a visitar a mis hermanas adoptivas, pero no tengo ninguna intención de volver allí a vivir. En Alemania dejé mis raíces, pero aquí me crecieron las alas.

Ilona Mucha



XVIII

Este lugar en el que me encuentro me recuerda a mi pueblo. Los árboles, el canturreo de los pájaros... A lo lejos se escuchan niños jugando, como yo cuando tenía cinco años e iba con mi hermano a coger nidos de pájaros para criarlos. Nos metíamos en los arroyos y nos bañábamos. Después nos tumbábamos en la hierba para secarnos. Qué olor daba la hierba. Mi pueblo es muy pequeño, está entre montañas. Se llama Naval Moral de la Sierra, en la provincia de Ávila. Sus casas eran muy humildes, todas olían a humo porque se cocinaba con leña y porque nos calentábamos con fuego cuando hacía frío. También nos reuníamos en familia alrededor de la chimenea y mis padres nos contaban cuentos e historietas y yo me sentía muy feliz. Por Navidad los niños íbamos de casa en casa pidiendo el aguinaldo. Nos daban nueces, almendras, pero nunca golosinas, ya que no había dinero para esas cosas. Y cuando llegaban los Reyes (pobres padres) no sabían qué regalarnos. Mi madre solía hacerme una muñeca de trapo. Y así pasaba el tiempo hasta la primavera, cuando los árboles comenzaban a echar las hojas y la mayoría de los niños nos poníamos en el pecho un papel plegado con los huevos de gusano de seda. Con el calorcito de nuestro cuerpo salían los gusanos y les dábamos de comer las hojas del moral en una caja hasta que salían las mariposas

y después el capullo. También iba al campo, a ayudar a mis padres, pero lo pasaba bien cogiendo fruta y cuidando de mi hermana que entonces estaba recién nacida y lloraba mucho.

Cuando cumplí doce años salí de mi pueblo a trabajar. Mi padre había enfermado y no teníamos otro medio de subsistencia, así que mi hermano -que es el mayor- y yo viajamos a Madrid para buscarnos la vida. Allí todo me parecía de cine. Había tantos coches que no sabía ni cruzar las calles. Y esas tiendas tan bonitas me parecían impresionantes e inalcanzables para mí: todo era un sueño. Mi vida en Madrid fue dura pues comenzaba a trabajar a las ocho de la mañana y no terminaba hasta las once o las doce de la noche. Pero estaba bien. Solía librar los jueves, desde las cinco de la tarde. Me gustaba ir a los grandes almacenes a ver y a tocar lo que no podía comprar, pues el dinero que ganaba se lo enviaba a mi familia. Recuerdo que solo me quedaba el dinero justo para comprar sellos de correo y así poder escribir a mis padres. En aquella época no había teléfono en mi pueblo. Hice muchas amigas en Madrid. Como siempre he sido muy habladora, conversaba con las chicas que encontraba en el mercado, comprando, y después quedábamos para salir juntas. La mayoría de las veces no usaba el transporte público e iba caminando a los sitios. Así llegué a conocer la ciudad, sobre todo el centro; la Puerta del Sol, la Plaza Mayor donde el olor de los bares, de los bocadillos de calamares y los churros te abrían el apetito. Y así transcurrieron los años de mi adolescencia.

En los años sesenta hubo una crisis en España, pero Europa abrió sus puertas y tuvimos la oportunidad de salir a trabajar. Yo me fui a Suiza con dieciocho años recién cumplidos. Al cruzar la frontera sufrí mi primera

humillación, pues a todos los que íbamos -doscientas ochenta chicas y chicos- nos hicieron desnudar en unos barracones para pasar después en fila por rayos X con el fin de descartar a quien estuviera enfermo. Nada más llegar a mi destino, con el correspondiente contrato de trabajo, me incorporé en un hotel a fregar platos. Lo más difícil era el idioma, que yo no conocía, aunque me adapté deprisa a todo. Aun así todo fue nuevo para mí. Suiza era un país muy refinado, organizado y recto; con un nivel de vida muy avanzado, tanto tecnológica como económicamente. Y muy liberado también, en todos los sentidos. Yo creo que estaban cincuenta años por delante de España. Y creo que no llegué a integrarme del todo, principalmente por la diferencia que existía entre ambas culturas. Además los suizos nos miraban y nos recordaban que éramos inmigrantes. Yo los sentía fríos y lejanos.

Al cabo de un año de estancia allí conocí a Óscar, un chico canario que fue mi amor, después mi esposo y el padre de mis tres hijos. Nos casamos y seguimos trabajando en Suiza durante tres años más, pasando por todos los tramos de la hostelería y aprendiendo. Aquella fue una época en la que tuve que aprender a vivir y a adaptarme a unas costumbres muy distintas de las mías. Pero, sin duda, Suiza es un país precioso y sus ciudades son de cuento. En Lucerna, donde viví dos años, hay unos lagos inmensos. Recuerdo sus puentes de madera, que cruzan el lago de una parte a la otra, más moderna. Es una ciudad rodeada de altas montañas y de frondosos bosques. Allí nació mi primera hija. Luego viví en Lugano, otros dos años. Aquel fue otro cambio, ya que en Lucerna se hablaba suizo-alemán (un dialecto que no lo entienden ni entre ellos) y en Lugano, sin embargo, se habla el suizo-italiano. Son más latinos, o sea, más comunicativos.

También tiene un hermoso lago en cuyos alrededores se extiende la ciudad haciendo frontera con Italia.

Los seis años que pasé en Suiza fueron muy especiales. Aprendí muchas cosas y muy deprisa. Llegué con la inexperiencia de mi juventud y me convertí en una persona adulta que veía la vida de forma distinta. En el año 1969 nos vinimos -mi esposo, mi hija y yo- a Canarias, principalmente para conocer a la familia de Óscar. Y yo me enamoré de Gran Canaria. A pesar de eso, también supuso otro cambio importante. Noté que en Canarias las costumbres todavía estaban más atrasadas que en la península cuando yo salí de mi pueblo. Además, no entendía esas diferencias entre los propios españoles (isleños y peninsulares). Yo misma sufrí esa desconfianza en la familia de mi esposo. Pero mi carácter y el apoyo del resto de la gente me ayudaron a integrarme bien. Estuve dos años en Las Palmas hasta que, por fin, nació mi segunda hija (tras siete años deseando ser madre otra vez). Durante este tiempo abrimos una cafetería, pero no nos fue bien; sobre todo por los problemas que tenía con los clientes, pues éstos se confundían y estaba mal visto que una señora trabajase sirviendo comidas. Era Óscar el que llevaba la cocina y, por cierto, era un excelente cocinero.

Un día nos vinimos al sur a pasar el día (hicimos el trayecto en un coche pirata, que era el transporte habitual de Las Palmas al Sur; en un turismo de cinco plazas cabían hasta doce pasajeros) y conocí Playa del Inglés. Eran los años setenta y la bajada a la playa era apenas un camino de tierra bordeado por tomateros. Solo había unos pocos apartamentos (Las Olas, La Casba, Las Arenas) en lo que ahora es la zona turística; y en San Fernando solo existía la Viuda de Franco, el Alpende del Álamo (“Antonio el cochino”) y una pequeña

panadería; y, por supuesto, el Poblado, construido años atrás por el Conde de la Vega Grande para sus empleados. Ya que el escaso turismo no tenía ningún servicio se nos ocurrió a Óscar y a mí abrir un chiringuito en la playa. Y así comenzamos nuestra vida en el Sur, aunque seguimos durmiendo en Las Palmas porque aquí comenzaban a construirse las urbanizaciones y aún no teníamos dónde quedarnos. Fueron diez años de mucho trabajo y sacrificio. No tuvimos colegio en el sur hasta 1972. Mientras, mi hija mayor estuvo interna en Tafira. En 1975 nació mi hijo para completar la familia.

Ahora, repasando lo que ha sido mi vida, pienso que he procurado adaptarme a los diferentes sitios donde he ido. Siempre he creído que debes adaptarte tú a donde vayas, a sus costumbres, a sus comidas, a sus pensamientos; pues ningún pueblo se va a adaptar a ti. Soy una persona sencilla, tengo muchas amistades (conservo muchas amigas desde mis primeros meses aquí) y de diversas nacionalidades. Estoy integrada en la Parroquia de San Fernando donde me encuentro bien, con nuestras reuniones y sigo conociendo gente de distintos países y culturas. Soy abuela de cuatro nietos y en espera del quinto. No creo que mi futuro vaya a ser muy diferente, pues estoy acostumbrada a adaptarme según vengan los tiempos; acostumbrada a pasar de no tener nada a tenerlo todo, aunque siempre procurando no tirar las cosas. Espero que con el futuro de mis hijos y nietos ocurra lo mismo que en tiempos pasados: hubo una crisis durante algunos años pero luego se remontó. Hay que ser positivos. Lo bueno es que mis hijos tienen ahora una preparación y unos estudios de los que yo carecí. Y también la sociedad está más avanzada y tiene más medios para solucionar los problemas del presente. Solo hay que tener fe y confianza.

Espero que el futuro no sea incierto, sino positivo para las nuevas generaciones.

Al final de mi vida me gustaría terminar en mi tierra, volver a mis raíces; que me entierren en Ávila, al pie de las montañas, al lado del río. De mí quedará lo que he dejado en herencia a mis hijos y el recuerdo de lo que he sido en la vida. Quiero terminar en aquel sitio que me vio nacer. En la paz de las montañas. La misma paz que he procurado dar en esta vida.

Teresa Andrino

Indice

- 05 Saluda de Marco Aurelio Pérez Sánchez,
Alcalde San Bartolomé de Tirajana
- 09 Prólogo de Francisco Ramírez Viu,
Director del Taller “travesías”
- 15 I. Jayanti Devi Gurung
- 23 II. Joyce Brito
- 29 III. Laura Curtelin
- 37 IV. Miryam Gómez
- 45 V. Nursel Akturk
- 51 VI. Mabel Martinengo
- 61 VII. El Kebira Salah
- 67 VIII. Clelia Modica
- 75 IX. Eva Verde Ojeda
- 83 X. Nadia Obadalová
- 87 XI. Suze Cunha
- 97 XII. Madelon Francisca Dijkstra
- 103 XIII Julie Stamour
- 107 XIV. Emelie Nystrom
- 115 XV. Nancy Li
- 119 XVI. Fabiola Vega Rodríguez
- 125 XVII. Ilona Mucha
- 131 XVIII. Teresa Andrino

*Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2013 en los talleres
de Gráficas Sabater, Tenerife.*

“travesías”, el libro de relatos que ahora estás leyendo, escrito por 18 mujeres de diferentes culturas y que han elegido San Bartolomé de Tirajana para vivir, es fruto del programa “convive 2013”, subvencionado por el Ministerio de Empleo y Seguridad Social (Dirección General de Migraciones) y por el Fondo Europeo para la Integración, y desarrollado por la Concejalía de Políticas de Igualdad y Mujer.

Este libro muestra a la persona que late, que ama; que siente la dificultad y el sufrimiento, pero también la esperanza y la belleza, evitando la mirada convencional sobre la mujer inmigrante.

